

La Evolución Humana como Interpretación de la Historia

Por Roberto Lara Velado.

I—Carácter de la Evolución Humana

— I —

En los períodos críticos que, de tiempo en tiempo, agitan el escenario de los hechos históricos, el hombre se siente colocado frente a la vida que le plantea duramente el problema de su propio destino. Tal pasa en el mundo en que vivimos.

Cuando estamos frente a la vida, cuando los acontecimientos se imponen con toda su crudeza, nos vemos obligados a volver los ojos a la Historia, para pedirle la tan ansiada respuesta al problema. Por ello, en los períodos críticos como el presente, florecen las teorías filosóficas destinadas a interpretar la historia; la gran variedad de obras de este tipo que a diario se editan actualmente, abonan la veracidad de esta afirmación.

Es que la interpretación histórica viene a llenar un vacío en el alma del hombre de las grandes crisis, al darle, junto a una explicación lógica de los acontecimientos que vive, una promesa de redención para el futuro. Cuando el devenir de los hechos es calmo, cuando se desenvuelven con la suavidad de las etapas culturales en pleno desarrollo, el hombre puede olvidar el paso de la evolución, no necesita explicarse un proceso que, en tales momentos, no se hace sentir con toda su fuerza. Pero cuando la crisis conmueve los cimientos mismos de la civilización, cuando se anuncian las tempestades que cambiarán la fisonomía del panorama histórico, la humanidad siente el imperativo de estudiar los acontecimientos para arrancarles la razón de ser de su desenvolvimiento y entrever su propio destino futuro.

Estas líneas pretenden, dentro de las modestas capacidades de quien las escribe, aportar un grano de arena a tan importantes estudios.

En el siglo recién pasado, Herbert Spencer formuló su conocida Teoría de la Evolución, que si bien no puede considerarse como una sistemática científica aplicable a la investigación de los hechos sociales, tiene el mérito de haber arrojado alguna luz sobre el proceso evolutivo de las sociedades humanas.

La teoría se basa en la interpretación mecánica del universo, constituida sobre una base estrictamente material, soslayando con habilidad el problema de su origen, que Spencer coloca fuera de los límites de lo cognoscible. Partiendo de aquí, supone la existencia de un único proceso evolutivo, determinado por fuerzas físicas que, al actuar sobre la materia, han producido los seres inorgánicos, luego los seres vivos y finalmente el hombre y la sociedad, considerada esta última como el remate final de la evolución.

La teoría es esencialmente simplista, demasiado simplista para poder concederle, en su conjunto, validez científica. Pero ha tenido el mérito indiscutible de poner de manifiesto la existencia del fenómeno evolutivo y de señalar muchos de los caracteres que el proceso ofrece. Por ello, creemos de rigor exponer, aunque sea en forma más que concisa, sus postulados esenciales, antes de proceder a criticarla.

Toda la teoría descansa sobre la persistencia de la fuerza, que se manifiesta en la indestructibilidad de la materia y en la continuidad del movimiento. La materia no se destruye, solamente se concentra o se difunde; cuando se concentra se hace perceptible, cuando se difunde se hace imperceptible. El movimiento no cesa, cuando no puede percibirse, se conserva latente, en estado de energía.

La evolución es concebida como el paso de lo incoherente a lo coherente; la materia difusa es incoherente; a medida que se concentra, adquiere cohesión interna. Pero, al mismo tiempo, se presenta un proceso de diferenciación; las partes se definen, esto es se diferencian entre sí. La materia difusa nos parece homogénea, por falta de diferenciación entre sus partes; la materia concentrada se manifiesta heterogénea, con sus partes bien diferenciadas. La evolución resulta ser el paso de la homogeneidad incoherente e indefinida a la heterogeneidad coherente y definida.

Son las fuerzas del universo las que actuando en diversos sentidos, de acuerdo con la ley de la mínima resistencia, determinan la concentración de la materia y la difusión del movimiento en el proceso que hemos expuesto brevemente. Toda etapa del proceso evolutivo es un

sistema de equilibrio de fuerzas; pero un equilibrio inestable, que debe romperse en breve, para dar paso a una nueva etapa del proceso.

Los sistemas de equilibrio de fuerzas no son eternos; su inestabilidad los lleva necesariamente a su disolución. El proceso de disolución es todo lo contrario al de integración; repite sus etapas en sentido inverso. La diferenciación se atenúa; el todo tiende a una homogeneidad altamente concentrada; pero en ese momento, el movimiento se concentra, lo que determina la difusión de la materia; el equilibrio se rompe y la materia vuelve al estado difuso del principio.

Esta teoría explica la evolución de nuestro sistema planetario. La nebulosa que lo originó estaba compuesta de materia difusa. El movimiento de rotación concentró la materia, pero al mismo tiempo la diferenció en una estrella central, el sol, y los planetas que giran a su alrededor. El movimiento giratorio y rotativo de los planetas ha diferenciado también en ellos sus componentes en los distintos cuerpos gaseosos, líquidos y sólidos que los integran. Pero el sistema no será eterno; sus partes tienden a solidificarse; y, al final del proceso, los planetas se precipitarán sobre un sol sólido y el sistema concluirá fundiéndose en una nebulosa similar a la que fue su punto de partida.

La afirmación de la persistencia de la fuerza llevó a Spencer a concluir en la transformación de unas fuerzas en otras que nos parecen de distinta naturaleza. Las fuerzas cósmicas se transforman en orgánicas, éstas en psíquicas y estas últimas en sociales. La vida se concibe como el resultado de las combinaciones físico-químicas de la materia; la psiquis, como el efecto de la función orgánica de los centros nerviosos; y los fenómenos sociales, como el resultado de la combinación de las fuerzas naturales del medio con las fuerzas psíquicas de los individuos, actuando todas en un ambiente esencialmente complejo que llamamos sociedad. El resultado es una teoría esencialmente materialista y determinista, donde no hay lugar para las fuerzas del espíritu ni para el libre arbitrio humano.

— III —

Otros autores han desarrollado estos mismos puntos de vista, aplicándolos a distintos campos del saber humano, con lo que han venido a crear todo un sistema evolucionista, materialista, que tan en boga ha estado durante la parte final del último siglo y la primera parte del presente.

Darwin desarrolló toda una conocidísima teoría biológica, sobre la evolución de los seres vivos, derivando unas especies de otras, a través de los llamados “eslabones perdidos”. Supone la existencia de toda una cadena de especies, desde la más simples a las más complejas, que tiene como remate al hombre, derivado de una especie desaparecida de mono antropoide, el pitecántropo.

Otros autores, como el profesor Caryl P. Haskins, han desarrollado la evolución social, como la de un agregado que tiene su propia vida, su propio ser independiente del de sus miembros, dotado de un alma y una voluntad colectivas, que en manera alguna pueden identificarse con las almas o las voluntades individuales de sus componentes. El fenómeno social lo hacen arrancar de los animales para concluir en el hombre. Las sociedades de las hormigas, las abejas y las avispas son sus ejemplares inferiores; las sociedades humanas, los superiores. El hombre resulta emergiendo de una previa sociedad de antropoides, que suministró el medio necesario para facilitar la transformación del sub-hombre en hombre y que, para algunos escritores, permitirá también la conversión del hombre en super-hombre.

Nosotros intentamos aprovechar todo aquello que estas teorías contienen de verdadero, pero rechazando su grosero materialismo. Creemos que, si encontramos la fórmula para hermanar el proceso por ellas descubierto con la espiritualidad humana que han querido ignorar, tendremos la clave para arrancar a la historia la tan ansiada como necesaria explicación de los acontecimientos humanos.

— I V —

Cualquier intento de construir una interpretación de la historia, dentro de los marcos de la teoría mecánica del universo, implica la crítica de esta última, para separar los elementos aprovechables de aquéllos que han de descartarse por su excesivo materialismo.

Nótese que hemos empleado el término interpretación de la historia y no interpretación espiritualista de la historia; porque todo intento de interpretar la historia para ser exacto, ha de basarse sobre la realidad humana, esto es sobre la verdadera naturaleza del hombre, que es un compuesto de animal y espíritu. El binomio, animal y espíritu, explica todas las necesidades y reacciones humanas y, consecuentemente, todo el devenir histórico. De aquí que cualquier interpretación que se funde exclusivamente sobre uno solo de ambos términos del binomio, resulta falsa e irreal.

Las fuerzas materiales existen y actúan como causas de los fenómenos evolutivos del universo. Las fuerzas psíquicas existen también e influyen poderosamente en la evolución social. Las primeras son capaces de provocar la reacción de las segundas. Lo que negamos es que las fuerzas psíquicas sean una mera extensión o transformación de las materiales.

La evolución cósmica del universo existe; lo prueba la Cosmografía, al estudiar el desarrollo de los sistemas estelares, con sus planetas y satélites y la conocida hipótesis de Laplace; lo prueba la Geología, con sus eras geológicas del desarrollo de la tierra; finalmente, lo corroboran los recientes avances de la física nuclear. La evolución social existe también; el devenir de los acontecimientos históricos, como lo veremos más adelante, constituye su palmaria demostración.

Lo que negamos es que la evolución social sea un simple capítulo de la evolución cósmica; ambas son de diferente naturaleza. La evolución cósmica está determinada por leyes inmutables, que no pueden fallar. En Historia, y en general en Ciencias Sociales, la palabra leyes debemos escribirla entre comillas, porque solamente señalan la tendencia general y más probable, pero la fuerza de la libertad humana puede hacerlas fallar.

Hecha la reserva indicada en el párrafo anterior, habremos de reconocer que ambos procesos evolutivos ofrecen un paralelismo atrayente en cuanto a su morfología externa, esto es en cuanto a las etapas de su desenvolvimiento. Aquí quizás se encuentre la explicación del error cometido por los autores de la Teoría de la Evolución; el paralelismo del proceso los fascinó de tal manera que los hizo confundir en una evolución única, dos procesos de naturaleza íntima distinta aunque de morfología externa similar.

El mérito de la teoría evolucionista ha sido descubrirnos la existencia de la evolución y señalar la morfología externa del proceso, a pesar de su grosero error sobre la naturaleza de las cosas. De aquí que, si evitamos cuidadosamente la confusión inicial de la interpretación mecánica del universo, podremos aprovechar muchas de sus conclusiones para explicarnos satisfactoriamente el problema que la historia plantea al hombre de las grandes crisis.

— V —

Ambos procesos evolutivos son distintos; su naturaleza íntima impide su identificación. Pero tienen una morfología externa paralela; y este paralelismo se traduce en una similitud ideal entre ambos pro-

cesos. En efecto, casi todos los principios enunciados por Spencer tienen realización real en la evolución cósmica del universo y aplicación ideal en la evolución de las sociedades humanas. Esta última circunstancia hace que la teoría de la evolución sea científicamente útil para la interpretación histórica, en particular, y para el estudio de las Ciencias Sociales, en general.

La materia indestructible está representada por la humanidad, que si bien es perecedera considerada desde el punto de vista del individuo o del grupo social aislado, no lo es, históricamente hablando, considerada en su conjunto, como especie humana, pues subsistirá tanto cuanto dure la historia.

El movimiento continuo está representado por las fuerzas de la evolución social; esas fuerzas que los sociólogos de la teoría mecanicista han llamado factores sociales y que los modernos historiadores e intérpretes de la Historia conocen con el nombre de estímulos.

El proceso evolutivo que Spencer delineó, también lo vemos realizarse en la evolución social. La integración corresponde a los períodos de ascenso en que se concretan las culturas y se fijan las formas que constituyen la fisonomía de las diferentes etapas del devenir histórico. Los equilibrios inestables son los períodos tranquilos en que se desenvuelven las culturas y transcurren las etapas históricas perfectamente individualizadas. La disolución corresponde a la decadencia de las culturas cuando tales etapas se acercan a su fin. Por último, el momento final en que el movimiento se concentra y la materia se difunde, es el período de crisis en que las culturas desaparecen y las etapas históricas finalizan.

El paso de la homogeneidad difusa a la heterogeneidad coherente, durante la integración, y el proceso contrario en la disolución, que Spencer ha señalado como característica de la evolución, también se cumple paralelamente en el devenir de las sociedades humanas. Los grupos humanos de cultura primitiva carecen de cohesión interna, pero, a la vez, son homogéneos, porque no ha aparecido aún la diferenciación en castas, clases sociales, profesiones y demás. A medida que el proceso avanza, los agregados humanos adquieren individualidad, lo que implica cohesión interna fundada en la conciencia de la especie y en la diferenciación entre unos y otros; aun internamente, por efecto de la conquista, aparecen las castas y las clases, y por efecto de la división del trabajo, las distintas profesiones y los grupos de tal índole que ellas determinan. Al aproximarse los períodos críticos, la diferenciación tiende a nivelarse y a desaparecer, tanto en el seno de los diferentes grupos, como entre unos y otros. Durante los períodos críticos,

las fuerzas sociales de toda clase se ponen en movimiento y provocan las catástrofes finales, durante las cuales desaparecen las culturas y los pueblos quedan preparados para iniciar de nuevo el proceso, o sea para comenzar una etapa histórica posterior.

— VI —

Pero, así como hemos señalado las semejanzas que existen entre ambos procesos evolutivos, habiemos de puntualizar sus diferencias. La diferencia más profunda reside en la naturaleza íntima de las fuerzas en juego.

En la evolución cósmica, las fuerzas son estrictamente materiales. El movimiento es uniforme y la materia sometida a su acción responde siempre de igual manera, porque no puede hacerlo de otra diferente. Por ello, la evolución cósmica está determinada por leyes inmutables.

En la evolución social, las fuerzas son esencialmente complejas. Los factores sociales o estímulos actúan en forma diversa; y, lo que es más importante, los grupos humanos, dotados de inteligencia y voluntad libres, reaccionan de manera diferente, aun colocados frente a los mismos estímulos.

El análisis de los diferentes estímulos adquiere, dentro de la evolución social, una importancia capital que nos obliga a dedicarle algunas líneas.

En primer lugar tenemos la acción del contorno físico, esto es de las fuerzas cósmicas de la naturaleza, tales como el clima, la humedad, la topografía del suelo, la proximidad o alejamiento del mar y de los ríos, la configuración de las costas, la frecuencia de las lluvias, la flora, la fauna, la riqueza del subsuelo y la periodicidad de las estaciones. Estos factores no cambian a través de los tiempos o, si lo hacen, los cambios se someten a leyes inmutables, aun cuando muchas de ellas nos sean desconocidas, y ocurren a intervalos sumamente largos. La reacción de los grupos humanos frente a ellos depende de su grado de cultura; primero, evita los medios más inclementes, transmigrando; luego, se adapta a ellos, mediante la construcción de viviendas adecuadas, el uso de vestidos en consonancia con el medio y tantos otros recursos de la industria humana, finalmente, tiende a dominarlos y utilizarlos en su propio provecho.

En segundo lugar, la acción del contorno humano, esto es los estímulos que proceden del hombre mismo, que podemos dividirlos en externos e internos, según procedan de otros agregados humanos o del seno del grupo mismo en evolución. Todos ellos son variables, con lo

que denuncian su procedencia humana, y actúan en forma diversa. Unos lo hacen de modo material, en forma física, no obstante su procedencia, tales como la guerra, la revolución, la conquista y aún la penetración económica. Otros se concretan en tendencias y corrientes ideológicas, eminentemente psíquicas, aún cuando en último término puedan originar movimientos de tipo físico, como guerras y revoluciones. Dentro de estos estímulos, no debemos olvidar, por la actuación relevante que han tenido en el devenir humano, las personalidades superdotadas, los genios, que tanto han contribuido a modelar la fisonomía externa de las culturas y a lograr muchos de sus avances positivos. Finalmente, los resultados de la acción de los estímulos son susceptibles de convertirse en condiciones de evolución, es decir en nuevos estímulos; es lo que los sociólogos llaman la transformación de los productos en factores.

Los estímulos actúan como necesidades cuya satisfacción es imperiosa para el hombre, como problemas que reclaman pronta solución, como incitaciones o retos que requieren la respuesta adecuada. He aquí la piedra de toque para explicarnos la marcha del proceso; a medida que las necesidades se satisfacen, aparecen otras nuevas, ya reales ya ficticias, pero todas con igual influjo en la voluntad humana; las incitaciones se multiplican y sus respuestas exitosas hacen marchar progresivamente el proceso evolutivo. Al contrario, cuando la incitación queda sin respuesta, marca el principio del proceso disolvente; la necesidad insatisfecha se agiganta y determina otras nuevas; los repetidos fracasos ante la incitación siempre desafiante, ponen en movimiento las fuerzas internas del agregado y, a través de su decadencia, precipitan su disolución.

— VII —

La transformación de las fuerzas de un orden en otro, que Spencer afirmó como una consecuencia de la persistencia de la fuerza, carece de validez científica. Nada más falso e irreal que suponer que todos los órdenes de fenómenos del mundo visible, puedan reducirse a simples variantes de uno solo: el cósmico.

La simple observación del mundo que nos rodea, nos hace percibir tres órdenes de fenómenos, de naturaleza diferente y plenamente independientes entre sí:

I)—El orden cósmico, o mejor el orden material, que comprende

los sistemas estelares, los planetas y los seres inorgánicos que forman parte de ellos.

II)—El orden de la vida, que comprende las plantas y los animales y aún el hombre, en cuanto a la parte orgánica de éste.

III)—El orden psíquico, que comprende todas las manifestaciones espirituales del hombre.

La naturaleza distinta de los tres órdenes hace imposible que las fuerzas de uno de ellos se transformen en fuerzas de otro; pueden servir de estímulos, o sea provocar reacciones en un orden diferente, pero no transformarse; todo paralelismo o correspondencia es ideal y no puede convertirse en real.

La vida no es el resultado de combinaciones físico-químicas del mundo material; si así lo fuera, podría producirse en los laboratorios. La transformación de las fuerzas cósmicas en orgánicas es una afirmación indemostrada que, por tal motivo, no puede servir de base a un sistema científico.

Los fenómenos psíquicos tampoco son el resultado de la actividad orgánica de los centros nerviosos; si tal cosa fuera exacta, no existiría una psiquis exclusivamente humana, sino también una psiquis animal, ya que orgánicamente hablando el hombre es muy semejante a los animales. Se puede objetar que la psiquis animal existe, solamente que no hemos sido capaces de comprenderla; pero tal objeción sería únicamente una suposición gratuita más; baste considerar que el hacer animal no ha variado en lo más mínimo a través de los siglos, mientras que el hacer humano acusa una rica y variada evolución de formas de toda clase, no obstante que las especies animales aparecieron en el planeta con anterioridad a la nuestra; esto nos demuestra la acción de la inteligencia de que el hombre está dotado y de que carece el animal.

En cuanto a los fenómenos sociales, que la teoría evolucionista ha considerado como el desenvolvimiento de los psíquicos en combinación con las fuerzas de la naturaleza, tiene razón. Aún más, no existe un orden social, como un cuarto orden independiente de los otros tres; el fenómeno social es el resultado de las psiquis combinadas de los miembros del agregado, bajo la acción de estímulos de diferente naturaleza; el papel de las fuerzas de la naturaleza se reduce al de meros estímulos, pero en manera alguna los únicos ni los más importantes. No existe una diferencia esencial entre los fenómenos psíquicos y los sociales: los primeros son el resultado de la acción de la psiquis in-

dividual; los segundos, de la psíquis colectiva, esto es de la combinación de las diferentes psíquis individuales de los miembros del grupo.

El error de la teoría evolucionista está en su extremada generalización, al querer reducir todos los órdenes de fenómenos que integran el mundo visible a uno solo, saltando sobre sus diferencias de naturaleza, a fin de someterlos a todos a las leyes de la evolución cósmica. En el orden material, salvo algunos detalles, la teoría tiene plena validez. En la evolución social, tiene validez ideal, basada en el paralelismo del proceso, con las reservas que hemos apuntado en la anterior exposición.

¿Existe una evolución en el orden de la vida? Darwin ha querido demostrarla en su conocida teoría del origen de las especies, pero ella supone la existencia de un gran número de “eslabones perdidos”, que la Paleontología no ha podido encontrar. Nuevamente nos encontramos ante una hipótesis divorciada de la realidad, sin comprobación práctica. No es que querramos rechazar sin mayor examen una teoría bastante difundida en los círculos científicos contemporáneos, sino que nos negamos a aceptar a priori una proposición que carece de base en los hechos que nos enseña la experiencia científica.

— VIII —

El fenómeno social es el fenómeno psíquico complejo, producido en el medio social, como único medio posible en que puede desenvolverse la vida humana. En efecto, el hombre vive y ha vivido siempre en sociedad; no podemos ni siquiera concebir su existencia en otra forma.

La sociedad es el medio necesario, el supuesto indispensable, para el desarrollo de la vida humana; pero no pasa de ser un medio, es decir que no puede considerarse como un ente diferente de sus miembros, como un ser real dotado de vida propia, con un alma y una voluntad colectivas distintas de las individuales de sus componentes. Tal afirmación, examinada con criterio realista, resulta falsa e irreal.

La sociedad es una colectividad, o sea un conjunto de individuos y nada más. Pero la vida social, la constante intercomunicación entre los miembros de una sociedad, produce el efecto de engendrar en ellos maneras comunes de pensar, sentir y obrar, esto tiende a uniformar sus reacciones, a producir en la psíquis de todos ellos un “algo en común”, que es el sello de la constante influencia mutua.

El alma colectiva no es más que la idealización de ese “algo en

común”, cuyas manifestaciones tienden a ser uniformes, porque, como contribuyen a ellas muchos miembros del agregado, el “algo en común” pesa más que el “algo diferente” de cada uno de ellos. La voluntad colectiva no es otra cosa que la suma, o mejor la combinación, de las voluntades de los miembros del grupo, las cuales sufren el mismo influjo que tiende a uniformarlas.

Ni el individuo es anterior a la Sociedad, ni ésta a aquél, porque ni el hombre puede vivir fuera del medio social, ni la Sociedad puede concebirse sin miembros. La Sociedad es el desenvolvimiento de la familia, la cual ha nacido directamente del hecho biológico de la procreación; la familia, al ampliarse por efecto de la multiplicación biológica de sus miembros, ha producido las formas sociales más simples; estas últimas, como resultado del proceso evolutivo, se han desenvuelto en las formas más complejas que conocemos en nuestros días.

La cultura es la suma de las manifestaciones del alma colectiva de la sociedad humana, con la advertencia de que tal alma colectiva no es otra cosa que la idealización de ese “algo en común” antes referido. Es más, al hablar de sociedad humana y cultura en singular, hemos hecho una generalización intelectual válida para la ciencia; pero en realidad, lo que la Historia nos presenta, son diferentes sociedades humanas, cada una de las cuales realiza su propia cultura. La evolución social se realiza a través de las diversas culturas históricas.

— IX —

Queda aún un punto más de capital importancia. La interpretación mecánica del Universo parte de la existencia de las fuerzas materiales, como un hecho consumado, sin pretender explicarse su origen. Declara paladinamente que lo absoluto está fuera de lo cognoscible y, por lo tanto, no puede ser materia de la ciencia.

Esta postura, esencialmente materialista, no puede satisfacer la interrogante del hombre sobre su propio destino. El hecho de que no podamos comprender la esencia de lo absoluto, no nos autoriza a ignorarlo. Si sentimos la necesidad de su existencia, habremos de contar con El, para que nuestra interpretación de los hechos tenga una base real. Las verdades que se sienten, que se intuyen, como superiores al intelecto humano, no pueden descartarse simplemente porque la limitación de nuestras facultades no nos permita agotar su contenido.

La filosofía nos enseña que no podemos explicarnos la existencia del mundo visible sin admitir lo absoluto, sin una Causa Primera, sin un Ser necesario, dotado de una Providencia Divina, origen y fin de

todo lo creado. Todo el mundo visible, todos los órdenes de seres y fenómenos que nos rodean, no pueden ser otra cosa que el efecto de Su Voluntad Creadora. La evolución cósmica, con sus leyes inmutables, obedece necesariamente sus mandatos.

La evolución social no puede tampoco ser extraña a la Divina Providencia. En efecto, aunque los acontecimientos de detalle nunca se repitan, aunque los hechos secundarios no puedan someterse a leyes fijas, a no ser la de su desconcertante falta de repetición, la evolución se percibe, a través de las grandes etapas históricas y de los hechos de capital importancia, como un plan perfectamente dirigido; podemos trazar todo un esquema de la evolución humana, podemos seguir el hilo de la misma a través de las diferentes culturas históricas, no obstante que siempre varían los hechos de detalle; a pesar de que éstos resulten caprichosos y, a veces, hasta aparentemente contradictorios, la realización del plan evolutivo en su conjunto no puede menos de reconocerse. La conclusión se impone; es el plan de la Providencia Divina realizado a través del libre arbitrio humano.

2—*Los Ciclos Históricos.*

— I —

Al observar los fenómenos sociales, a través de su devenir histórico, a fin de establecer las leyes ideales de su evolución, obtenemos los resultados siguientes:

1) — El fenómeno social es un fenómeno gregario, esto es que pertenece al hacer colectivo del agregado, por lo que podemos referirlo a éste, considerado como unidad ideal de evolución. Tales unidades son las sociedades humanas naturales, o sea aquellos conjuntos de individuos unidos por vínculos morales que se han originado del desenvolvimiento evolutivo de la familia y no de un acto de voluntad de sus miembros. Los vínculos morales que los unen consisten en la existencia de ese “algo en común”, cuya idealización llamamos alma colectiva. Cuando el alma colectiva existe, se forma la conciencia colectiva, que no es otra cosa que el conocimiento de todos los miembros del grupo de que forman un conjunto único, diferente de los demás grupos. El nacimiento de esta conciencia colectiva, que otros llaman conciencia de la especie, es lo que capacita al agregado para actuar como unidad de evolución. La conciencia de la especie es la

concesión psíquica en cada uno de los miembros, de ese “algo en común” que los vincula, que origina la existencia de la sociedad de que forman parte.

II)—En toda sociedad humana, el alma colectiva se manifiesta de diversos modos, en creencias religiosas, en una organización social y política, en sistemas económicos, en una lengua y en diversas manifestaciones filosóficas, científicas y artísticas; en una palabra, en una cultura histórica. Al analizar el devenir histórico de cada una de las sociedades humanas y de cada una de las culturas por ellas realizadas, percibimos la existencia de un proceso de desenvolvimiento, con sus etapas de nacimiento, crecimiento, decadencia y desintegración, por lo que podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que toda sociedad humana, o toda cultura que es lo mismo, está sometida a una evolución.

III)—Pero el proceso no se detiene aquí. La proximidad geográfica pone en contacto unas sociedades con otras y estimula los intercambios entre sus miembros, con la consiguiente influencia cultural mutua; posteriormente, las corrientes migratorias y la expansión de algunos agregados humanos generaliza el fenómeno, ensanchando el campo de los intercambios culturales; esto es, existen contactos de las culturas en el espacio. Por otra parte, encontramos muchas culturas históricas que se han originado en otras culturas anteriores, ya desaparecidas como conjunto, o mejor como sistemas culturales únicos; las primeras pueden considerarse como filiales de las segundas; o sea que existen contactos culturales en el tiempo. Estos contactos culturales nos permiten afirmar que el caso de las civilizaciones aisladas no constituye la regla general, sino más bien la excepción, por lo que podemos considerar que en el fondo del devenir histórico existe una evolución que tiende a vincular tales civilizaciones, unas con otras.

En consecuencia, debemos buscar a través de los acontecimientos históricos, las normas ideales de esa evolución, para poder explicarnos la sucesión de los hechos.

— II —

Analizando directamente el devenir humano, desde el punto de vista de nuestros conocimientos actuales, con miras a interpretarlo, lo encontramos dividido en dos grandes etapas: Prehistoria e Historia.

La prehistoria es el lapso, de diferencia variable según los pueblos, durante el cual desconocemos la sucesión de los acontecimientos. Por esta razón, la interpretación es imposible. Tan sólo disponemos de los



© 2001, DERECHOS RESERVADOS

Prohibida la reproducción total o parcial de este documento,
sin la autorización escrita de la Universidad de El Salvador

SISTEMA BIBLIOTECARIO, UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

datos arqueológicos y de las referencias que puede hacerse a los fenómenos culturales que presenciamos en aquellos pueblos que han prolongado hasta nuestros días su etapa prehistórica. Y esto, sin duda alguna, es absolutamente insuficiente.

La arqueología solamente nos brinda testigos mudos del hacer cultural de los pueblos primitivos. Se nos habla de la cultura de la piedra tallada, de la piedra pulimentada, de tal o cual especie de cerámica, del bronce o del hierro. Pero la designación de la cultura por los objetos que han llegado hasta nosotros, es eminentemente convencional y falta de realidad. Sería como si quisiéramos designar a las culturas presentes como las civilizaciones de la máquina, del automóvil, del avión y del cohete supersónico, olvidando todo su contenido espiritual, que es el que precisamente constituye su verdadero fondo esencial.

La observación de los grupos humanos prehistóricos de nuestros días, es una referencia y nada más. No debemos olvidar que el fenómeno social, como todos los hechos de conducta humana, es de una multiplicidad extremada en sus detalles, por cuanto la reacción ante el estímulo se produce a través de la voluntad libre del hombre. No podemos trasladar los resultados de la observación de unas sociedades a otras, sino en sus lineamientos generales y como meras probabilidades.

En cambio, en el período histórico, durante el cual se desenvuelven las altas culturas, disponemos de todo el material necesario para interpretar el devenir humano, para señalar sus leyes ideales, sin olvidar que no se trata de normas rígidas e invariables, sino de tendencias, más o menos constantes, que pueden ser modificadas por la libre voluntad de los sujetos evolutivos.

— III —

El período histórico resulta ser el único capaz de ser sometido a un análisis que permita su interpretación, porque es el único lapso durante el cual disponemos de suficientes elementos de juicios; o sea que constituye el período conocido de la Evolución humana.

De aquí que la observación profunda de este período conocido, en sus grandes etapas y en el carácter íntimo de las culturas que se han producido durante su vigencia, ha de sugerirnos la interpretación misma, esto es las normas ideales que presiden la evolución social.

La gran mayoría de las culturas históricas se encuentran relacionadas entre sí, a través de contactos o encuentros de tales culturas

en el espacio y en el tiempo; constituyen un solo conjunto sometido a un proceso único, a un mismo ritmo de evolución; este es el proceso evolutivo principal, realizado a través de aquellas sociedades y culturas que, en cada momento histórico, han marchado a la cabeza de la Humanidad, lo que les ha permitido marcar la dirección del proceso.

Pero, no obstante que la regla general es la unidad del proceso, las excepciones son muy frecuentes. Por una parte, tenemos la existencia de culturas, o mejor conjuntos menores de culturas, que se han desarrollado aisladamente, porque la posición geográfica de los pueblos que las realizan, ha sido por largo tiempo un obstáculo insuperable para que hagan contacto con las sociedades sometidas al proceso principal; tal ha sido el caso de la América precolombina y del Extremo de Oriente. Por otra parte, algunas sociedades sometidas a un proceso evolutivo dado, pueden apartarse resueltamente de él, para producir una variante del proceso, que por regla general se aproxima a una etapa ya pasada del proceso primario del cual se han separado; este fue el caso del Cercano Oriente, durante las Edades Media y Moderna de la Historia clásica. En consecuencia, debemos admitir la existencia de procesos evolutivos secundarios que se realizan con independencia del proceso principal.

Pero, las corrientes migratorias, la expansión de las sociedades humanas y el mejoramiento de las vías de comunicación, ponen finalmente en contacto a todas las civilizaciones humanas. Los intercambios culturales entre ellas se generalizan, poniendo en contacto a culturas sometidas, hasta entonces, a procesos evolutivos diferentes; el resultado es la mutua influencia cultural, cuyos efectos van desde la imposición de la cultura de los pueblos más avanzados a los más atrasados, hasta comunicarles su ritmo evolutivo; el efecto intermedio es la asimilación cultural parcial. El primer caso fue el de América, donde la conquista europea destruyó la cultura indígena antecedente y trasplantó a estas tierras la suya propia, convirtiendo a todos los pueblos del Continente Americano en parte auténtica de la Sociedad occidental. El segundo caso es el de los mundos árabes e hindú de nuestros días, sobre los cuales el influjo occidental ha tenido el efecto de hacerlos marchar a su propio ritmo, pero la penetración de la cultura intrusa ha sido superficial. El caso intermedio lo constituye el Japón moderno, con su portentosa transformación del siglo pasado, resultado de la combinación de una parte de la civilización occidental con la japonesa antecedente.

Resumiendo los resultados que se desprenden de las anteriores observaciones, podemos decir:

I)—La evolución se realiza a través de un proceso principal y varios procesos secundarios, pero todos ellos acusan tendencia a la unidad, o sea que el contacto entre las sociedades sometidas a ellos tiene el efecto, por regla general, de hacer que los procesos evolutivos secundarios se fundan en el principal.

II)—La existencia de procesos evolutivos secundarios obedece a un apartamiento de los pueblos a ellos sometidos respecto a aquéllos que realizan el proceso principal. En los casos de la América precolombina y del Lejano Oriente, se trata de un apartamiento material, originado por la distancia. En el caso del Cercano Oriente, se trata de un apartamiento moral, nacido de causas psíquicas, esto es de una predisposición peculiar en el alma colectiva de estos pueblos que los incapacitó para seguir el proceso principal.

— IV —

La observación de los hechos históricos nos enseña que las crisis no se presentan constantemente, por regla general aparecen de tiempo en tiempo, jalonando el curso de la Historia. Pero, entre crisis y crisis, el paso del proceso se torna calmo; transcurre con una suavidad tal que cada grupo de hechos parece ser una consecuencia de los que anteceden y, a su vez, la causa de los que le siguen. Estos períodos constituyen, cada uno, una sola unidad histórica; y durante ellos, transcurre, salvo excepciones, toda la vida de las culturas peculiares del período. Estas unidades del devenir humano las designamos con el nombre de ciclo histórico.

Resulta, pues, que el ciclo histórico es una unidad ideal, un lapso de duración variable, durante el cual el proceso evolutivo transcurre en forma equilibrada, sin que lo afecten las grandes crisis. El concepto no tiene, en consecuencia, ningún contenido catastrófico o fatalista, como su nombre pareciera indicar, sino solamente el de una unidad ideal naturalmente observada, esto es con base en el desenvolvimiento del proceso.

Es indispensable hacer una aclaración. No toda crisis histórica señala un cambio de ciclo. Hay crisis de menores proporciones que solamente afectan a una cultura histórica, o a una sección de la misma; señalan el nacimiento o la decadencia de determinados pueblos o culturas, sin que las tendencias dominantes cambien de manera fundamental. Las guerras interciudadanas de las ciudades helenas, que culminaron en la guerra del Peloponeso, nos ofrecen un ejemplo.

En cambio, las grandes crisis afectan a todas las sociedades humanas sometidas a un proceso dado y, por regla general, provocan el derrumbamiento de todas las culturas históricas afectadas; sus consecuencias generan el apareamiento de tendencias disímiles a las del ciclo anterior, algunas de las cuales acusan verdadera oposición, por lo que el cambio de ciclo puede interpretarse como un cambio del sentido del proceso evolutivo.

Todo proceso evolutivo es una serie de ciclos históricos, en los cuales se concreta la evolución social. El fenómeno de los contactos culturales en el espacio, a que antes nos hemos referido, puede ser enunciado así: Cuando dos ciclos históricos entran en contacto, aquél que contiene las culturas más avanzadas disuelve al que contiene las más retrasadas, para tomar el lugar del desaparecido.

— V —

La observación del proceso nos sugiere la forma de subdividir el ciclo, o sea la trayectoria en que éste se desenvuelve, la cual se realiza a través de tres períodos menores.

Durante el primero se fijan las tendencias, es decir el ciclo adquiere su fisonomía propia. Los principios religiosos y el sometimiento a la tradición son muy fuertes; la mayoría de las culturas históricas correspondientes al ciclo se generan en este período. El resultado es un estado social que se caracteriza por un fuerte apego a los principios y convencionalismos que le son peculiares, por una organización social basada en círculos rígidos y difíciles de superar y por la constitución de unidades políticas, en cierto modo, estables y de tendencia perdurable.

Durante el segundo se desarrolla la vida plena del ciclo. Parte del estado social generado en el período anterior, dentro del cual aparecen las primeras negaciones, que discuten los principios fundamentales que le sirvieron de soporte filosófico y que provocan un movimiento de gran envergadura, cuyo resultado es un nuevo estado social que, aún cuando conserva buena parte de la fisonomía externa del anterior, se ha apartado de su postura ideológica y lleva en sí los gérmenes de lo que acontecerá en el período siguiente.

Durante el tercero se destruye la fisonomía del ciclo y se genera el estado social que permite el cambio de sentido evolutivo. Aparecen corrientes ideológicas cada vez más apartadas de los principios que presidieron la formación del ciclo, disímiles entre sí, que tienen como

único fondo común la repugnancia a todo lo tradicional; estas ideologías encontradas provocan movimientos violentos, cada vez más frecuentes. De todo ello resulta un estado social cuyas características son diametralmente opuestas a las del resultante del primer período; pues se discuten todos los principios y todos los convencionalismos; se superan fácilmente todos los círculos sociales y la organización política se torna débil y de tendencia efímera. En este período, por la general, las culturas históricas correspondiente al ciclo entran en decadencia.

El remate del proceso es la gran crisis final, que, a través de acontecimientos violentos, de grandes proporciones por lo general, que se suceden unos a otros con la rapidez del relámpago, disuelve el ciclo y genera el ciclo siguiente. La disolución se opera con relativa rapidez, si comparamos el lapso necesario para que se verifique con la duración de los períodos anteriores, pero sus consecuencias se prolongan hasta bien entrado el ciclo siguiente. La crisis pertenece por igual al ciclo que se disuelve y al nuevo que se genera; no podemos colocarla, de manera exclusiva en ninguno de los dos, por ser característica de los fenómenos sociales que no se produzcan con exactitud matemática, esto es que no nos sea dable señalar una fecha exacta para separar cualesquiera dos etapas históricas.

Al primer período lo llamamos período de integración; al segundo, período de plenitud, y al tercero, período de disolución.

Todas las tendencias que presiden la evolución de un ciclo histórico podemos resumirlas en dos: tradición y renovación. Ambos son peculiares de la evolución social y la presencia de ambas es indispensable para la buena marcha del proceso; su debido equilibrio es la mejor garantía del desarrollo satisfactorio de los pueblos.

El exceso de tradición estereotipa las formas y detiene el proceso evolutivo. El exceso de renovación hace perder a las culturas su base de sustentación espiritual, sin la cual ninguna de ellas puede seguir floreciendo; provoca su decadencia y, a través de ella precipita la disolución del ciclo.

La tradición es el resultado de la costumbre, que tiende a fijar las formas, por lo que determina la formación de ese "algo en común" en que hacemos consistir el alma colectiva; es, pues, la tendencia estabilizadora. La renovación es la tendencia a la producción de formas nuevas y tiene su origen en las creaciones de las personalidades más vigorosas del grupo; estas creaciones llevan el sello del "algo diferente" de las individualidades que las concibieron, aún cuando, al ser aceptadas por la generalidad, se convierten en costumbres y, por este camino, ingresan finalmente a la tradición.

En los períodos de integración, la tendencia tradicional es predominante y, por eso, se fija un sentido evolutivo. En los períodos de disolución, la tendencia renovadora es la que predomina y, por ello, se debilita el sentido evolutivo, lo que hace posible su cambio durante la crisis final. En los períodos de plenitud, ambas tendencias están, más o menos, equilibradas.

— VII —

Este sistema, a nuestro juicio, implica la revisión de los conceptos con que se escribe y se estudia la Historia Universal.

En primer lugar, sería necesario revisar el concepto mismo de Historia Universal, concebida como un todo único. Si la materia del estudio histórico la proporcionarían los diferentes procesos evolutivos, la Historia Universal debería ramificarse en tantas partes como procesos evolutivos independientes podemos advertir.

Es cierto que los procesos diferentes acusan tendencias a la unidad, a través del fenómeno atractivo de la civilización. Es cierto, además, que en este momento, debido a la expansión sin precedentes de la *civilización occidental*, la *Humanidad realiza un solo proceso único* de evolución; todos los procesos secundarios se han fundido en el principal. Pero la civilización occidental y las condiciones históricas del presente no serán imperecederas; y nada nos garantiza que, con el cambio futuro, no puede volver a diversificarse el proceso. Si hemos concebido la existencia de procesos evolutivos secundarios como el resultado de un apartamiento, ora material, ora psíquico, no podemos suponer que tales apartamientos no puedan volver a presentarse en el futuro.

El criterio mismo con que se escribe la Historia deberá cambiar. Ya no puede ser la simple exposición de los hechos, sino que debe prestar atención preferente al conocimiento integral de las culturas históricas y, a través de ellas, posición predominante a la marcha del *proceso, en sus diferentes ciclos y períodos menores*. Cada proceso evolutivo ha de concebirse como la sucesión constante de ciclos históricos y, a la vez, como sucesión ininterrumpida de culturas, en contacto mutuo en el tiempo y en el espacio.

Finalmente, habrá que descartar de manera definitiva la división actual de la Historia, en Edades Antiguas, Media, Moderna y Contemporánea o Postmoderna. Esta división ha sido hecha teniendo presente, únicamente, la evolución primaria o principal, por lo que es totalmente extraña a los procesos evolutivos secundarios. Es más, ni

aún para el proceso primario sirve ya; la Edad Antigua resulta de una duración exajerada, en comparación con las demás; al próximo cambio de sentido evolutivo, vamos a necesitar un nuevo período, que carecería de nombre, ya que no es posible nada posterior a lo contemporáneo.

La división por ciclos históricos, resultantes de la observación del proceso mismo, es más, científica y, sobre todo, corresponde a la realidad.

— VIII —

Si concebimos el proceso evolutivo humano como una sucesión ininterrumpida de culturas, el estudio de los ingredientes que componen los complejos culturales es indispensable para la correcta comprensión del proceso.

La cultura es la suma de las manifestaciones del alma colectiva de los pueblos, por lo que cada una de tales manifestaciones constituye un aspecto del proceso; esta observación tiene, para nuestro estudio, capital importancia, porque nos permite descomponer en sus partes más simples el complejo fenómeno de la evolución social. Cada una de las manifestaciones que podamos discriminar en la cultura sigue su propio curso evolutivo; pero, por razón de la simultaneidad con que se realizan y, más aún, por proceder de una misma unidad evolutiva, esto es de una sola sociedad humano, se influyen mutuamente. O sea, que cada una de tales manifestaciones determina un subproceso de evolución; pero por efecto del influjo mutuo, estos subprocesos se funden en el proceso evolutivo total del agregado.

Las manifestaciones más profundas, esto es las que dan a cada cultura su propia identidad ideal, son:

1) La religión que comprende la creencia en un mundo suprasensible, los sistemas que explican el origen primero y el último fin del Universo y del hombre y la moral, que para ser tal ha de tener un fundamento religioso; su raíz está en las necesidades más elementales del espíritu humano, que lo empujan fuertemente a buscar en lo absoluto, la explicación de su existencia y la inspiración de su conducta; de aquí que la religión constituya el fondo de toda cultura; como dice el connotado profesor inglés Christopher Dawson, toda cultura tiene por base una religión. En consecuencia, existe una evolución religiosa.

2) Los sistemas filosóficos, los estudios científicos y las manifestaciones literarias y artísticas, que revelan el desenvolvimiento intelectual y sentimental de los pueblos; su desarrollo está íntimamente ligado al

tipo de cultura que cada grupo humano realiza, pero el mismo tiempo, en tales manifestaciones es donde más se descubren las facultades creadoras de los individuos, de aquí que sea el subproceso evolutivo que goce de mayor independencia dentro del conjunto. En consecuencia, existe una evolución del intelecto y del sentimiento, que llamaremos propiamente cultural.

Las manifestaciones externas, que constituyen la capa superficial de la cultura, son:

1) El lenguaje hablado y escrito, que viene a llenar la necesidad de comunicación entre los miembros del agregado. En consecuencia, existe una evolución lingüística.

2) La organización social, las reglas de la costumbre y los convencionalismos; su razón de ser está en la necesidad de regular las relaciones mutuas de los miembros del agregado, con miras a la supervivencia y perfeccionamiento individuales, de aquí que puede considerársele, según los medios, como una moral carente de contenido religioso. En consecuencia, existe una evolución ética.

3) La organización política y la reglamentación de las relaciones entre agregados humanos diferentes; su razón de ser se encuentra en la necesidad de asegurar la supervivencia gregaria, o sea la de la sociedad como tal. En consecuencia, existe una evolución política.

4) La organización destinada a facilitar el aprovechamiento de los bienes materiales, esto es relacionada con la riqueza y el trabajo; ha nacido de la necesidad de asegurar la satisfacción de las exigencias materiales del hombre. En consecuencia, existe una evolución económica.

3.—Direcciones del Proceso

— I —

Durante el siglo XIX, los historiadores pusieron de moda la teoría lineal del progreso. Supusieron una evolución siempre progresiva que, en todo momento, hacía marchar hacia adelante la cultura humana, la cual era una sola y única civilización, a cuyo crecimiento contribuirían, en mayor o menor medida, las experiencias de todas las sociedades humanas. Esta teoría ha resultado, a la luz de los estudios modernos, falsa e irreal.

En primer lugar, no existe una sola y única cultura. Las culturas históricas son varias, cada una con sus propios caracteres bien defini-

dos. Es más, durante la gran mayoría del que llamamos período conocido de la evolución humana, no ha existido un solo proceso evolutivo, sino varios; es cierto que tales procesos tienden a fundirse, como resultado de los encuentros culturales, y que en el momento presente, podemos considerarlos fundidos en uno solo, pero ni siquiera estamos seguros de que no volverían a diversificarse en el futuro.

En segundo lugar, la observación nos ha sugerido que cada proceso evolutivo se concreta en una serie de ciclos históricos, lo que excluye el crecimiento progresivo sin soluciones de continuidad. Aún sin acudir a nuestra interpretación de la Historia, las decadencias de pueblos y culturas, tan frecuentes en el devenir humano, son un claro indicio de la falsedad de la teoría del progreso lineal.

Hoy ningún autor sostiene ya tales puntos de vista. El progreso social constante ha sido una ilusión provocada por el desarrollo ascendente de las etapas anteriores del ciclo en que vivimos, pero la crisis del presente ha tenido el efecto de despertarnos a la realidad, con sus violentas sacudidas.

Resulta, pues, de primordial importancia analizar todas las direcciones que el proceso evolutivo puede tomar.

— II —

El criterio para determinar la dirección del proceso, nos lo da el sentido evolutivo del ciclo. Entendemos por sentido evolutivo el conjunto de principios morales y técnicos que sirven para especificar la fisonomía del ciclo; en consecuencia, el proceso es ascendente o progresivo en tanto las culturas correspondientes desarrollan tales principios; y es descendente o regresiva en tanto las mismas culturas dejen de estar informadas por ellos.

La validez de nuestro criterio se comprueba al considerarse que los principios a que nos hemos referido, informan de manera general, todas las culturas del ciclo; por lo que nuestros puntos de vista pueden traducirse diciendo que el proceso es ascendente, mientras las referidas culturas están en crecimiento, y descendente, cuando están en decadencia.

En consecuencia, los períodos de integración y de plenitud acusan una evolución ascendente; en los períodos de disolución, el curso ascendente del proceso, comienza por debilitarse, hasta tornarse francamente descendente, durante la crisis final; en el punto culminante de la crisis, hay un período hueco, que podemos considerar como un mo-

mento de estancamiento o de ausencia de evolución; durante este período hueco, se concreta el cambio de sentido del proceso, que genera el período de integración del ciclo siguiente.

Pero la evolución social es un proceso demasiado complejo, para que las reglas enunciadas puedan tener validez absoluta, ellas marcan la tendencia general del ciclo y nada más. Vamos a explicarnos.

Las culturas correspondientes a un ciclo dado no evolucionan de manera uniforme. Unas están ya en decadencia, mientras otras aún en crecimiento; es más, las culturas filiales pueden continuar el ciclo iniciado por las culturas maternas, o pueden originar un nuevo ciclo, todo depende de que cambie o no el sentido evolutivo.

¿Cuál será, en tales casos el criterio, para determinar la dirección del proceso?

En cada ciclo, existe una cultura o un grupo de culturas que asumen un papel predominante, las cuales comunican al proceso todo la dirección de su curso evolutivo, porque tales culturas mantienen, en lo general, el sentido de la evolución o lo hacen desaparecer. No es forzoso que sean unas mismas culturas las que marquen la dirección del proceso; el papel de predominio puede pasar de unas culturas a otras, en cuyo caso el ciclo continúa a condición de que mantengan el mismo sentido evolutivo.

Aún dentro de una misma cultura, el proceso es complejo. Las diferentes manifestaciones del alma colectiva evolucionan con cierta independencia unas de otras; unas pueden estar en crecimiento, mientras otras están ya en decadencia: el juicio sobre el curso evolutivo de una cultura depende de una apreciación de conjunto; los hechos sociales son rebeldes a las normas estrictas, carecen de precisión matemática. La evolución propiamente cultural, por el influjo particularmente extenso de lo individual, es la que tiene mayor independencia del conjunto; aún sus diferentes ramas suelen ser independientes entre sí; sólo la culminación de los períodos críticos parece afectarla.

— III —

Los períodos de estancamiento y los de regresión pueden prolongarse, cuando se presentan condiciones anormales.

Los pueblos del Extremo de Oriente, después de transcurridos los dos primeros períodos de su único ciclo, entraron en un largo período ausente de evolución, que no pudo ser sacudido hasta la llegada de los blancos. El estado social resultante de su período de plenitud

se prolongó por varios siglos, hasta que la incitación planteada por el encuentro con la civilización occidental, disolvió el ciclo.

Los pueblos del Cercano Oriente fueron los creadores de las primeras altas culturas. Pero cuando la evolución cambió de sentido, por efecto de un apartamiento psíquico, realizaron la "variante oriental" de la evolución. Esta variante la dividimos en dos períodos:

1)—El "estancamiento técnico", durante el cual la evolución existe, pero no cambia de sentido, esto es repite las formas del ciclo anterior. Las civilizaciones de la variante acusan un alto grado de cultura, pero son una continuación, más evolucionada, de las culturas del ciclo precedente. El Imperio bizantino es una continuación del romano y de la cultura helenística que lo precedió. El Imperio árabe, a pesar de su gran desarrollo cultural, continuó los arcaicos Imperios orientales de los primeros días de la civilización, particularmente la cultura que Toynbee llama siríaca.

2)—El "estancamiento real", en que desembocó el período anterior, representado por el Imperio otomano, que supo resistir múltiples encuentros con la civilización occidental casi hasta nuestros días.

La evolución regresiva es más rara, pero tiene algunos ejemplos; citaremos solamente dos:

1)—Cuando fueron descubiertas las islas de Pascua, en Polinesia, estaban habitadas por un pueblo primitivo y a la vez, cubiertas de ruinas y estatuas que delataban la existencia de constructores cultos. Los caracteres raciales de los indígenas eran lo suficientemente parecidos a los que podían deducirse de las estatuas, para identificar a los salvajes de aquel momento como descendientes de los cultos constructores de las ruinas. Además, la sola existencia de una población de igual tipo racial que la de las islas circunvecinas, de las cuales la más cercana está a mil millas marinas aproximadamente, hace suponer comunicación previa entre ellas y, consecuentemente, habilidades náuticas en sus habitantes para salvar la distancia; en la época del descubrimiento, los indígenas no eran capaces más que de pescar en las cercanías de las costas, sin aventurarse a mar abierto. La evolución regresiva es la única explicación posible.

2)—La evolución lingüística nos ofrece un constante proceso regresivo en todos los tiempos y lugares; las lenguas derivadas se forman por degeneración del vocabulario y pérdida de los recursos sintácticos de las lenguas madres; los llamados "progresos" de las lenguas moder-

nas constituyen, en realidad, una regresión. Los ejemplos son harto conocidos; las lenguas neo-latinas son una corrupción del bajo-latín y éste lo es del latín clásico; el sánscrito se corrompió en el pahli y éste en los dialectos subsiguientes; el griego moderno es la versión degenerada del antiguo. Pero este proceso no afecta a la escritura, cuya evolución ha sido progresiva, aunque extremadamente lenta.

— I V —

Hasta aquí, hemos analizado el proceso mismo, dentro de sus propias características morfológicas, relativas a la marcha evolutiva de un ciclo. Pero la Filosofía de la Historia no puede detenerse aquí; es indispensable buscar un criterio absoluto, que nos permita apreciar los fenómenos sociales sin distinción de tiempo y lugar; que nos sirva para valorar las diferentes culturas, como expresión que son todas ellas, del proceso evolutivo ideal de las sociedades humanas.

La respuesta nos la da la Axiología. La teoría del valor se basa en la existencia de conceptos ideales, nacidos de la abstracción de la inteligencia que separa las cualidades que percibe en los seres y las convierte de contingentes o temporarias en absolutas. El *valór* es el concepto ideal de la cualidad absoluta, representativo del ideal de perfección de la cualidad temporaria, que sirve para medir la intensidad de estas últimas cualidades, esto es el grado de perfección de las mismas.

Los valores ideales de la cultura o de la evolución humana constituyen la expresión de la única forma concebible de perfectibilidad humana: el predominio del espíritu sobre la materia. Y con este criterio, si nos elevamos lo suficiente para seguir el proceso en su conjunto, si nos colocamos a suficiente distancia para salvar los períodos menores y considerar las realizaciones de cada ciclo histórico como un conjunto único, la evolución humana se nos presenta como la lucha de nuestra especie por su propia perfección, que, entre tropiezos y caídas, la empuja a superarse lenta pero seguramente.

El proceso evolutivo, a pesar de las lagunas que los estancamientos y las regresiones ponen en él, acusa una tendencia progresiva, que es su característica de fondo. Esto no es la teoría lineal del progreso continuo, que pecó por exceso de generalización, sino el fondo íntimo de las tendencias culturales y evolutivas del hombre.

A través de esta tendencia progresiva innata del alma humana, como también de la tendencia a la fusión de los procesos evolutivos,

que el fenómeno atractivo de la civilización pone de manifiesto, se percibe el plan magistral de la Divina Providencia que, por necesidad filosófica, ha de constituir la directiva suprema del proceso.

4—*La evolución en la Historia*

— I —

Sólo nos resta hacer un esquema de la Historia que permita apreciar, en concreto, la forma como concebimos los hechos históricos, de acuerdo con la teoría que hemos formulado; este esquema, al mismo tiempo, ha de servirnos a modo de comprobación de la validez de nuestros puntos de vista.

Nos referiremos al proceso principal y a dos procesos secundarios, el americano y el del Extremo de Oriente, con lo cual creemos haber cubierto la casi totalidad de la Historia Universal, por lo menos las partes más extensas e importantes.

El proceso principal consta de dos ciclos: El primero desde el comienzo de la Historia hasta la caída del Imperio romano; y el segundo desde el asentamiento de los bárbaros germanos en el territorio del extinto Imperio hasta nuestros días.

El primer ciclo principal comprende:

1)—Período de integración constituido por las arcaicas culturas del Oriente Medio, hasta el Imperio persa o aqueménida inclusive.

2)—Período de plenitud realizado por la Hélade, el Imperio macedonio y sus Estados sucesores, y la Roma republicana, hasta la marcha de Sila sobre Roma.

3)—Período de disolución que comprende la decadencia de la cultura grecorromana, o sea la etapa imperial de Roma.

El segundo ciclo principal comprende:

1)—Período de integración que transcurre a través de la Alta Edad Media occidental, o sea el lapso que se inicia con el asentamiento de los bárbaros germanos en el antiguo territorio del Imperio romano y concluye con la caída de los Staufen y el final de las Cruzadas.

2)—Período de plenitud constituido por la Baja Edad Media occidental y la Edad Moderna, o sea el lapso que comienza al finalizar el período anterior e incluye los siglos XIV, XV, XVI, XVII y XVIII.

3) —Período de disolución que se inicia con la Revolución Francesa y cuya crisis final la vivimos aún en este momento.

El proceso americano consta también de dos ciclos: El primero, que podemos llamar precolombino, anterior a la conquista europea; y el segundo, o sea el postcolombino.

El primer ciclo americano comprende:

1) —Período de integración constituido por las culturas primitivas y las primeras altas culturas de la América indígena; en el Norte, hasta la invasión nahuatleca, y en el Sur, hasta el renacimiento del regionalismo cultural posterior al Imperio de Tiahuanaco.

2) —Período de plenitud que transcurre a partir del final de la etapa anterior hasta el encuentro con la civilización occidental.

No tuvo período de disolución porque, en medio de la plenitud, el contacto con la civilización occidental lo disolvió en un ultrarápido período crítico, representado por el descubrimiento y la conquista.

El segundo ciclo americano tiene sus tres períodos; la integración es la etapa colonial; la plenitud es el siglo XIX; y la disolución, es nuestro siglo, durante el cual el proceso americano se ha fundido con el proceso evolutivo principal.

El proceso evolutivo del Extremo de Oriente ha realizado un único ciclo, de composición peculiar; tuvo sus períodos de integración y de plenitud normales, pero este último desembocó en un largo estancamiento, de varios siglos; el encuentro con la civilización occidental aportó la incitación necesaria para sacudir el estancamiento y disolver el ciclo; la disolución de su propio ciclo, ha precipitado a los pueblos del Extremo de Oriente en el período de disolución del ciclo principal, operando la fusión de ambos procesos.

— II —

Analícemos someramente, uno a uno, los diferentes procesos de evolución a que nos hemos referido, con sus ciclos históricos y períodos menores.

El período de integración del primer ciclo se inicia con el comienzo de la Historia hasta donde alcanzan nuestros conocimientos actuales, con el apareamiento de las altas culturas más antiguas de que tenemos noticia.

La cultura nació en aquella parte del mundo que podemos llamar el Cercano Oriente, en términos históricos; o sea en la cuenca del Nilo,

en la del Tigris y del Eúfrates, en el Asia Menor, en la costa asiática del Mediterráneo, en la India y en el Archipiélago del Egeo. Algunas de las altas culturas iniciales surgieron con cierta independencia unas de otras, pero hubo ya algunas filiales de culturas precedentes; de todas maneras, es un hecho histórico que ninguna de ellas tuvo un desarrollo totalmente desvinculado del de las demás; su evolución nos ofrece etapas paralelas y los frecuentes contactos entre ellas produjeron en todas ciertas caracteres comunes que constituyen el sentido evolutivo del ciclo.

La figura inicial es la ciudad-estado, en la cual lo religioso, lo social y lo político se mezclan. El patriarca evoluciona hacia el rey-sacerdote, que sirve al dios tutelar de la ciudad, en cuyo nombre la gobierna. La lucha entre grupos facilita el paso a las figuras siguientes; la conquista de unas ciudades por otras, forma los Estados, y la de unos Estados por otros, los Imperios de tendencia universalista.

La conquista fija el sentido evolutivo del ciclo, esto es los caracteres psíquicos íntimos de las altas culturas orientales arcaicas, que se concretan en sus tendencias evolutivas.

La religión es politeísta; el panteón está formado por los dioses titulares de las diversas ciudades, pero sobre ellos predomina, reina con autoridad indiscutida, el dios de la ciudad capital, que proporcionó el núcleo del Estado que devino en Imperio. La forma política es la autocracia del dios-rey, a quien sirven por igual sus súbditos, los pueblos sometidos y los sacerdotes; la religión se subordina al poder y le sirve de justificación filosófica. La organización social se funda sobre la desigualdad; en la cúspide está el autócrata, el rey divinizado; sigue el pueblo imperial, que por imperativo religioso es acreedor al dominio universal; finalmente, en el fondo, los pueblos sometidos. Es en suma, el egoísmo del grupo convertido en sistema con la justificación religiosa.

La civilización egea o minoica sirve de puente para proyectar la cultura al Occidente. La cultura minoica estuvo íntimamente ligada a las del Asia mediterránea; la cultura helénica surge como una filial de la minoica, pero la anima en su desarrollo, el genio occidental.

Los helenos comienzan por la etapa Estados ciudades paralela inicialmente a la oriental; pero debido al medio geográfico en que les tocó vivir, desarrollan una tendencia que los empuja a la diversidad, al particularismo.

El Hélade inicia la plenitud del ciclo. Sus Estados-ciudades no se funden en un Imperio; externamente, se mantienen independientes; internamente, evolucionan hacia la supresión de la monarquía y al

establecimiento de dos nuevas formas, la aristocracia y la democracia. La lucha entre ambas formas de gobierno llena toda su historia. El ideal oriental fue el Imperio universalista; el ideal helénico, que informó toda su brillante cultura, fue la libertad ciudadana.

Sin embargo, la cultura griega conservó aún muchos puntos de contacto con el Oriente. Su religión fue un politeísmo que sirvió de soporte al ideal político y que, a la vez, proporcionó la materia prima de su brillante desarrollo poético. En sus relaciones con los demás pueblos, se apreció al heleno y se despreció al extranjero, al bárbaro según su lengua, en una palabra, se superó el servilismo interno pero no el egoísmo internacional.

La lucha entre la aristocracia y la democracia, al extenderse por todo el mundo helénico, precipitó su decadencia. El papel rector fue recogido por los macedonios, un pueblo que había adoptado la civilización externa de los griegos, pero que mantuvo su alma bárbara, esto es virgen, dispuesta a recibir cualesquiera influencias exteriores.

Alejandro Magno inicia su expedición al Oriente, una formidable oportunidad para los contactos culturales; su proyecto comienza siendo una reacción helénica contra las guerras médicas y concluye por la conquista del Imperio asiático; pero el Asia lo seduce y crea un Imperio oriental, cuyo carácter se mantiene en sus estados sucesores, los reinos helenísticos. La cultura helenística fue profundamente oriental, recubierta de un fino barniz superficial de helenismo.

Roma entra en la Historia y salva, por el momento, las realizaciones culturales de los helenos. Roma sorbió la cultura helénica completa, de técnica y de alma, y esto la hizo capaz de ser la continuación de ella.

La Hélade había tenido un período de expansión colonial, que le permitió extender su civilización por todos los rincones del Mediterráneo. Una de sus colonias más prósperas fue la Magna Grecia, en el Sur de Italia, la maestra de los indígenas semibárbaros de la península; los etruscos, un pueblo cuyo origen racial permanece incierto, construyeron su civilización a partir del influjo cultural helénico. La cultura romana nació bajo las influencias combinadas de la Magna Grecia y la Etruria.

La evolución interna de Roma fue paralela a la griega. Comenzó siendo una monarquía, de tipo homérico; después se suprimió la dignidad real y se convirtió en una república aristocrática; finalmente al lucha entre el patriciado y la plebe ocupa toda la etapa republicana; esta lucha se convirtió de meramente política en social y, como en la Hélade, fue factor de decadencia.

Roma empezó su carrera de conquistas como resultados de sus guerras defensivas; la conquista fue el expediente más seguro para la propia tranquilidad. Es hasta en las guerras contra Pírrico, cuando comienza a perfilarse el imperialismo romano.

Después de la derrota de Cartago, Roma se torna imperialista. Al contacto de la civilización helenística, recoge el ideal imperial universalista y hace una síntesis magistral de él y de su propio ideal helénico de la libertad ciudadana; crea el Imperio universal en función y provecho de la libertad ciudadana, suprimiendo al autócrata y substituyéndolo por el pueblo romano, convertido en el pueblo-rey.

La decadencia romana, que precipitó la disolución del ciclo, tuvo dos causas remotas; la larga y enconada lucha entre el patriciado y la plebe y la influencia del Oriente helenístico en plena descomposición. Aparecen los capitanes-políticos, que aprovechan la lucha entre patricios y plebeyos para sus propios fines de ambición personal y que convierten los ejércitos de la República en sus propias tropas privadas. El fenómeno del Cesarismo es un síntoma de la decadencia romana. La marcha de Sila sobre Roma, que marca la culminación del proceso psíquico decadente, señala el principio de la disolución del ciclo.

El contacto con el Oriente descompuso a Roma. Toda la evolución romana del período de disolución fue un proceso constante de asimilación al Oriente, hasta concluir en un Imperio universalista de típico corte oriental, de Diocleciano en adelante. El Cesarismo encontró su legalización en el Principado, república de jure y autocracia oriental de-facto; el Imperio universal en función y provecho de la libertad ciudadana, dejó de existir y cedió su puesto a la forma imperial precedente; al Principado sigue el verdadero Imperio, durante el cual hasta la apariencia formalista republicana desaparece.

El proceso decadente se hace sentir en todos los órdenes. En lo religioso, el viejo conflicto helénico entre la Filosofía y la Religión fue heredado por Roma; además, el panteón romano, con criterio ecléctico y de conveniencia política, admite a los dioses de los pueblos conquistados, resultando una miscelánea religiosa que contenía los dioses más exóticos y los ritos más extraños; el resultado fue el descreimiento y el consiguiente vacío en el alma, ocasionado por la falta de creencias religiosas. El Estado procuró resolver el problema mediante un culto oficial, alrededor de la persona del soberano, divinizado al modelo del Oriente, que resultó ser un culto artificial, sin raigambre en el sentimiento popular, y por eso mismo, incapaz de remediar nada. La cultura había perdido su base de sustentación religiosa.

En lo social, desaparecen las diferencias entre patricios y plebeyos y entre ciudadanos y no-ciudadanos; pero en cambio, nunca fue más exagerada e injusta la distancia entre el hombre libre y el esclavo. El Imperio se reestructura al modelo oriental; en la cúspide, el Emperador-autócrata; siguen los hombres libres; y finalmente, los esclavos.

La crisis final está constituida por el derrumbamiento del Imperio a manos de los bárbaros germanos. La penetración germánica fue larga; primero llegan como esclavos, en cuya calidad conquistan el favor popular como campeones en la arena de los gladiadores; luego ingresan en los ejércitos imperiales, hasta llegar a ser su núcleo más importante; por este camino, se convierten en la verdadera fuerza gobernante, que quita y pone emperadores a un Imperio enfermo de pretorianismo; muchas tribus ingresan como federados, para defender las fronteras del Imperio, pero en realidad, convertidos en dueños de las áreas que se les asignan; finalmente, al sonar la hora final a que su largo proceso decadente condenó a Roma, destruyen el Imperio y se reparten sus despojos.

— III —

El segundo ciclo emergió del período crítico que disolvió el primero, como una recomposición de los mismos factores en juego. La cultura occidental, la rectora del ciclo, es el resultado de la fusión de la grecorromana precedente, de la cual es una filial, con los elementos renovadores aportados por los germanos, bajo la dirección de la Iglesia católica, que asumió el papel de agente difusor de cultura de primer orden. El sentido evolutivo del ciclo quedó fijado como resultado del encuentro entre los bárbaros y los grecorromanos, bajo la dirección del Cristianismo, que constituye el fondo religioso de la cultura occidental.

La evolución del segundo ciclo parte de este supuesto; todas sus instituciones participan de tal carácter. La lealtad entre los miembros de la banda guerrera germana y el jefe elegido por ellos engendra la lealtad feudal, al asentarse como señores en el territorio conquistado. El concepto germano del patrimonio familiar indiviso combinado con el de propiedad del derecho romano, originó el alodio y, a través de las funciones políticas asumidas por los jefes bárbaros, el feudo; de la organización jerarquizada del Imperio carolingio, reflejo del feudalismo social antecedente y desarrollo de la organización imperial romana de los últimos días, nació el feudalismo político-militar. La

monarquía medioeval partió de los jefes guerreros electivos de los bárbaros, los llamados reyes; como resultado del asentamiento en las tierras conquistadas, adquieren carácter político; el expediente de los primeros reyes medioevales de hacer elegir, como sucesor, a su hijo, durante su vida, engendró la costumbre hereditaria, que se concretó en la ley de sucesión del reino.

El particularismo germano fue el que produjo en la evolución política el efecto más duradero. Se concretó en un sentimiento que Toynbee ha llamado "provincialismo" y que modernamente conocemos como nacionalismo. A todas las etapas de la evolución occidental ha sabido adaptarse, hasta producir, en nuestros días, sus versiones más exageradas. En el período de integración, proporcionó toda la fuerza moral necesaria para dar nacimiento a las modernas nacionalidades europeas. En el período de plenitud, tomó la forma de lealtad a la corona, debido a que el absolutismo del momento convirtió al monarca en el representante ideal de la nacionalidad. Al ser derribados los tronos, trasladó la lealtad a la nación que, como concepto político-social, asumió el papel del monarca desaparecido en sus relaciones con sus súbditos. Al combinarse con el sentir democrático de nuestro tiempo, originó el principio moderno de la autodeterminación de los pueblos. La lucha por la hegemonía europea, primero, y por la hegemonía mundial, después, ha sido la expresión hispértica del mismo principio, que conduce a querer colocar a la propia nacionalidad por encima de las demás. Finalmente, la crisis del presente condujo a la exageración mítica del particularismo, o sea al ultranacionalismo y al racismo que acaban de desarrollarse ante nuestros ojos.

El período de integración tuvo dos etapas menores: la Europa bárbara, que es el período amorfo durante el cual la fusión entre conquistadores no se ha verificado aún; y el período protonacional, en el que, por efectuarse la fusión, nacen las modernas nacionalidades europeas. El período hueco que sigue al momento culminante de la crisis, está constituido por la primera parte de la Europa bárbara. La evolución típica del ciclo toma fuerza a partir del efímero Imperio Carolingio, un ensayo de restaurar el Imperio Romano de Occidente, hecho por la autoridad del Pontífice, en la persona del rey de los francos, Carlomagno; el fenómeno cultural denominado renacimiento carolingio, es el punto de partida de la evolución propiamente cultural del Medioevo, realizada a través de la Filosofía escolástica, la romántica caballeresca y el arte gótico.

El Cristianismo constituye el fondo religioso de la cultura occidental, o como dice Toynbee, la crisálida de la cual surgió la mariposa

de la civilización occidental. En efecto, el papel de la Iglesia Católica fue de primer orden, el más altamente civilizador de toda la Historia.

El Cristianismo, como religión, es anterior al segundo ciclo. Nació durante el período de disolución del primero y, durante este lapso, fue duramente combatido por el poder imperial romano. A partir de Constantino, la religión de Cristo emerge de las catacumbas para convertirse en la religión del Imperio; vino a llenar el vacío espiritual que, al derrumbarse el paganismo, quedó en el alma de aquellos pueblos. Los efectos de la conversión no detuvieron la disolución del ciclo, porque ésta se produjo demasiado tarde, pero sus consecuencias se hicieron sentir en el brillante papel desempeñado por la Iglesia católica en el ciclo siguiente.

Durante el período hueco que siguió al momento culminante de la crisis, la cultura se conservó en los conventos, para salir de ellos y trasmitirse al vulgo, a través de la acción bienhechora de los monjes. La acción de la Iglesia fue predominante en el renacimiento carolingio, en el desarrollo de la filosofía escolástica, en la creación y desenvolvimiento de las Universidades y, en general, en todo el movimiento científico y cultural de aquel tiempo. La Iglesia puso el orden que era posible dentro de un medio revuelto como el imperante; refrenó a los poderosos y defendió a los humildes; si la esclavitud pudo ir decayendo paulatinamente hasta desaparecer de hecho, entre los pueblos cristianos, ello se debió a la influencia de la religión. La civilización marchó a la par de la evangelización de los pueblos; esto es un hecho histórico bien comprobado.

El movimiento gremial nació como una respuesta a la necesidad de trabajo del artesanado, bajo la tutela de la Iglesia; desempeñó un doble papel; en lo económico, aseguró el desenvolvimiento del artesanado y evitó que éste cayera en la situación desesperada del proletariado de nuestros días; en lo político, sirvió de base a la formación del municipio y suministró la materia prima para la realización de la democracia medioeval. El desarrollo de los municipios facilitó, donde el poder monárquico desapareció de facto, la formación de las repúblicas medioevales, aristocráticas algunas y democráticas la mayor parte; estas últimas las llamamos repúblicas comunales.

El parlamentarismo moderno tuvo sus antecedentes en el período de integración; la representación burguesa apareció por primera vez en las cortes castellanas y aragonesas. En Inglaterra, la Carta Magna fue únicamente un reconocimiento de los derechos feudales arrancado

por la nobleza al soberano; pero en la segunda etapa, al establecer el Parlamento, la aristocracia llamó a la burguesía en su auxilio y le dio representación en aquel cuerpo.

El período de integración fijó un sentido evolutivo del cual partió el proceso posterior. Creó la Cristiandad occidental, bajo el poder superestatal del Pontificado, obtenido a través de la lucha de las Investiduras; afirmó la libertad de la religión frente al Estado, que ha subsistido hasta nuestros días. Afirmó también el ideal político particularista de los pueblos, que fijó el carácter de la evolución política occidental, pero a la vez, supo hermanarlo con el ideal religioso universalista de la Iglesia católica. En lo social, creó una diferenciación altamente jerarquizada, dividida en diversos estamentos sociales, pero éstos no son ya las castas del ciclo anterior, es posible superarlos, por más que la ascensión fuera especialmente difícil.

Las cruzadas, que se presentaron al final del período, tuvieron, en lo general, causas psicológico-religiosas, de acuerdo con el ambiente imperante; pero sus consecuencias fueron de gran importancia para el desarrollo político y mercantil del período siguiente. Y sobre todo, pusieron de manifiesto la evolución mercantilista de las repúblicas italianas, que debía proyectarse a todo el Occidente en el período de plenitud del ciclo.

La lucha entre la monarquía, el feudalismo y el movimiento gremial ocupa un puesto de gran importancia; su suerte varia influyó notablemente en la evolución política de las nacientes nacionalidades europeas. En los lugares donde triunfó la monarquía, como en Francia, se constituyó la unidad nacional alrededor del principio dinástico. Donde la monarquía fue vencida, como en Alemania y en Italia, desapareció el Estado único y fue substituido por una pluralidad de Estados menores. Pero, si examinamos la evolución política en conjunto, la tendencia general del período de integración fue la de llegar a un equilibrio entre los tres principios políticos: el monárquico, representado por los reyes; el aristocrático, representado por los señores feudales y la nobleza oligárquica de las repúblicas aristocráticas; y el democrático, representado por el movimiento gremial, los municipios y las repúblicas comunales.

El período de plenitud tiene dos etapas: la primera, que comprende el lapso que la Historia clásica llama Baja Edad Media occidental, durante la cual el proceso típico del período se insinúa mediante acontecimientos localizados; la segunda, que es la Edad Moderna de la Historia clásica, en la que el proceso se amplía y generaliza, manifestándose de manera franca e inequívoca.

El período de plenitud se nos presenta como una gran rebelión ideológica contra las directivas del período de integración, que provoca una crisis psicológica en la cultura rectora del período: la cultura occidental. Se rompió la unidad religiosa que había hecho nacer e impulsado el crecimiento de la cultura occidental; se rompió el equilibrio político entre la monarquía, la aristocracia y la democracia, inclinándose hacia la primera. La transformación se manifestó en todos los órdenes y, en resumen de cuentas, provocó el abandono de los valores ideales de cultura, para perseguir las realizaciones de la técnica y el bienestar material del hombre.

En la primera etapa el proceso se insinúa. En lo religioso, el galicismo francés, el movimiento de Wicleff en Inglaterra, el de Juan Huss en Bohemia y el Cisma de Occidente, predicen la Reforma.

En Italia, el proceso toma cuerpo, se hace vigoroso y capaz de proyectarse a todo el Occidente en la etapa siguiente: en las repúblicas marítimas se desarrolla el mercantilismo y, su consecuencia, el imperialismo colonialista funda los imperios coloniales genovés y veneciano; las repúblicas comunales entran en decadencia y aparece el Cesaismo de los condottieri que las convierte en principados, primeros ejemplares del absolutismo occidental; en lo propiamente cultural, Dante Allighieri reúne en la Divina Comedia el ideal cristiano a la influencia pagana del helenismo; Petrarca es ya el precursor del Renacimiento.

En la segunda etapa el proceso se generaliza; la ruptura con las directivas medioevales alcanza a todos los órdenes; su faceta económica fue el mercantilismo; su faceta política, el absolutismo; su faceta religiosa, la Reforma; y su faceta puramente cultural, el Renacimiento.

El mercantilismo de las ciudades marítimas pudo extenderse a todo el Occidente, al amparo del desarrollo de la navegación en alta mar y de los descubrimientos que crearon condiciones favorables en toda la zona atlántica. Su consecuencia fue el imperialismo colonialista, que pretende crear un imperio al servicio de los intereses económicos: el aseguramiento de las fuentes de materias primas y el monopolio de los mercados. Tal fue el carácter de los imperios español, portugués, francés, inglés y holandés.

El absolutismo de los condottieri se extendió por Europa; fue el régimen de los Tudor y Estuardo ingleses, de los Borbón franceses y de todos los "déspotas ilustrados" europeos. En Inglaterra, la evolución política fue más adelante, anticipó el camino que tomaría en el

período siguiente; el absolutismo de los Estuardo, provocó la reacción democrática del pueblo inglés, la cual ayudada por el abstencionismo político de los primeros Hannover, desembocó en el parlamentarismo.

La Reforma rompió la unidad religiosa; dejó de existir la Cristiandad occidental, para ser sustituida por una pluralidad de sectas. El movimiento tuvo su origen en el nacionalismo exacerbado de los pueblos sajones que se rebeló contra la dirección latina de la Iglesia católica; en su explosión exagerada, este sentimiento no supo distinguir entre el ideal político particularista de los pueblos y el ideal religioso universalista de la Iglesia. El resultado fue la creación de las mezquinas iglesias nacionales de los protestantes.

La Reforma religiosa se combinó con la evolución política y produjo una etapa de luchas sangrientas. Las guerras de religión tuvieron a la vez un contenido religioso y uno político; este último concluyó por prevalecer en todas partes; dígalo si no, la Guerra de los Treinta años.

Las relaciones internacionales adquieren, desde este período el carácter complejo que tienen modernamente; los intereses de las potencias en juego se entrecruzan; la política de cada una juega en función de las demás; las guerras se generalizan; se vive un escenario europeo, que demanda su propio equilibrio y en el cual, las potencias mayores discuten la hegemonía. En el período siguiente, el escenario se convierte de europeo en mundial.

El Renacimiento fue un movimiento cultural orientado hacia los ideales estéticos del helenismo. Si bien es cierto que la influencia de la antigüedad grecorromana jugó el papel más importante, el movimiento no puede explicarse sin todo el desarrollo cultural antecedente, que partió del renacimiento carolingio, pasó por las realizaciones culturales del período de integración para desembocar en el movimiento renacentista, que se inició en la Italia de la primera etapa del período de plenitud y que se proyectó a todo el Occidente, en la segunda etapa del mismo, durante la cual las realizaciones científicas y artísticas fueron magníficas.

La postura filosófica del Renacimiento se concretó finalmente en el Humanismo. Esta postura comenzó por caracterizarse por desvincular los estudios de la dirección religiosa, bajo la cual se habían desenvuelto durante el período de integración; el paso siguiente consistió en separar la cultura de la religión, afirmando al principio la independencia de la primera respecto de la segunda, y después su superioridad. La postura, en resumen de cuentas, asumió la autosuficiencia del hom-

bre frente al poder de Dios y la Iglesia; era la ruptura franca con el ideal filosófico del período de integración. El proceso no se detuvo aquí; el abismo abierto entre la cultura y la religión fue creciendo cada vez más, a medida que avanzaba la plenitud del ciclo. La Ilustración, su último capítulo, se hizo enemiga de la religión.

La Ilustración, en lo político, reaccionó violentamente contra la injusticia del absolutismo; negó el derecho divino de los reyes y lo substituyó por el principio de la soberanía popular. Pero al mismo tiempo, representó la tendencia a fundamentarlo todo en las causas naturales, a ignorar y despreciar los postulados religiosos, a combatir las religiones en general y la católica en particular. Es más, esta tendencia tuvo más peso en el ánimo de sus corifeos, que los principios políticos que con tanto ardor predicaban; los filósofos de la ilustración pudieron fraternizar con déspotas, como Federico II y Catalina II, pudieron transigir con el "despotismo ilustrado", pero no admitieron transacción alguna con el ideal religioso. Se había perdido la base de sustentación de la cultura occidental; y, como consecuencia, comenzó el período de disolución del ciclo.

— IV —

Es indispensable suspender, por un momento, el examen del proceso principal, para analizar los procesos secundarios, porque éstos han venido a fundirse con aquél, durante su período de disolución.

La fusión de los procesos, como se ha dicho ya, fue el resultado de contactos culturales. La civilización occidental se ha expandido por todo el mundo, como resultado de su propia evolución, entrando en contacto con las demás culturas y desempeñando, con respecto de ellas, el papel de cultura intrusa.

El movimiento mercantilista y, su consecuencia, el imperialismo colonialista, impulsaron la expansión de la cultura occidental por todos los rincones del planeta. La intrusión del Occidente ha manifestado su influencia sobre las demás culturas con que entró en contacto, produciendo fenómenos de diversa intensidad a los que ya hemos hecho referencia, desde la absorción total, caso de América, hasta la simple comunicación de un ritmo evolutivo, caso de los árabes y los hindúes. El resultado final ha sido la unificación del proceso para toda la Humanidad.

La expansión de la cultura occidental por toda la tierra, la ha

convertido en la cultura rectora mundial del último período, precisamente en el momento en que corre grave riesgo de ser arrollada, de desaparecer en la crisis final que está disolviendo el ciclo presente.

— V —

El primer ejemplar del proceso secundario lo tenemos en el Cercano Oriente, o más bien en el área que hemos llamado Cercano Oriente en términos históricos, que es bastante mayor que la que geográficamente se conoce con ese nombre.

Los pueblos de esta área son los descendientes de aquéllos que aportaron el impulso inicial de la evolución humana, por lo menos hasta donde alcanzan nuestros conocimientos actuales del pasado; fueron los constructores de las culturas del período de integración del primer ciclo. Pero al cambiar la evolución de sentido en Occidente, las fuerzas tradicionales se impusieron en el Cercano Oriente; la evolución no cambió de sentido y finalmente, desembocó en el estancamiento.

A este proceso lo llamamos la “variante oriental” de la evolución, porque se nos presenta como un apartamiento del proceso principal, provocado por una psiquis peculiar de los pueblos que la realizan, fuertemente orientada a un supertradicionalismo, nacida de una larga lucha sostenida por tales pueblos contra la intusión del helenismo, en defensa de su propia identidad cultural. El helenismo no supo ser lo bastante fuerte para imponerse definitivamente a estos pueblos; en cambio de reacción oriental sí, hasta llegar a absorber a Grecia, primero y a Roma después. El resultado fue la disolución del primer ciclo; los bárbaros germanos salvaron las realizaciones del genio occidental, al ocupar la mitad del Imperio; pero la otra mitad, que no sintió el influjo de su fermento renovador, siguió un proceso distinto, obedeciendo al sentido evolutivo que había animado el ciclo anterior.

El proceso se realizó a través de las etapas de estancamiento técnico y estancamiento real, cuyos lineamientos generales han sido expuestos a propósito de las direcciones del proceso. El estancamiento técnico no es un verdadero estancamiento; su nombre obedece a que la falta de cambio de sentido, aproximó a las culturas de la etapa al agotamiento de sus posibilidades, tan es así que su desarrollo fue de corta duración, no obstante su brillantez, para desembocar en un verdadero estancamiento. Las realizaciones de las culturas bizantina, árabe y selyúkide fueron brillantes pero cortas; su papel fue de gran im-

portancia, como conservador y trasmisor de las conquistas culturales del primer ciclo; pero una cosa es reconocer esto y otra querer darles un sentido evolutivo nuevo del que carecieron en absoluto. La formación del Imperio tártaro o mogol señala el paso del estancamiento técnico al real; tuvo la función de retrotraer los ideales del Cercano Oriente a los que habían animado el período de integración del ciclo anterior. Sus sucesores fueron los protagonistas del estancamiento real: el Imperio otomano en el Asia Occidental y el del Gran Mogol en la India.

La evolución rusa es una consecuencia de la de las culturas de la "variante oriental", modificada para daño de todos y primeramente de los propios rusos, por los contactos tardíos con el Occidente. Gonzague de Reynold ha dividido la historia rusa en cuatro etapas:

I)—La Rusia de Kiew y Novgorod: El pueblo ruso nació de la conquista normanda de los pueblos eslavos del Este de Europa. La dirección varega empujó a los rusos a buscar la conquista del Imperio bizantino, que no pudieron consumar. Pero al fracasar el intento bélico, las relaciones con los bizantinos se tornaron cordiales y su influencia cultural fue muy fuerte; Rusia recibió de aquella Bizancio, helenístico oriental, religión y cultura; Kiew fue la segunda Constantinopla; Novgorod fue la única isla de tendencia nórdica, en medio de aquel mar de bizantinismo.

II)—La Rusia de Moscú: Tuvo su origen en un principado semi-independiente adjudicado a uno de los miembros de la familia real de Kiew, cuyo dinasta, como resultado de las guerras intestinas de sucesión, terminó por asumir un poder absoluto. La conquista mogola destruyó el principado de Kiew e hizo tributario al de Moscú; la escuela de los tártaros le dio todas las características de orientalismo que aún no tenía; fue una doble escuela de despotismo y servilismo a la vez y puso en el alma rusa ese sello profundamente asiático que vuelve a emerger en todos los grandes momentos de su historia.

Iván III fue el constructor de la independencia nacional; su nieto, Iván IV el terrible, fundó el Imperio. El Imperio fue desde entonces, y lo sigue siendo, un típico Estado Oriental, al modelo tártaro. La marcha hacia el Oriente fue la reconstrucción del Imperio mogol en sentido opuesto. Las matanzas de Gengis-Kan tuvieron su versión rusa en el asesinato de la nobleza boyarda y la destrucción de Novgorod. La Iglesia cismática rusa, independizada de la griega, proporcionó el ideal de la "tercera Roma", que a través de la segunda o sea Bizancio,

consideró a Rusia como la heredera del Imperio Romano, o sea de la supremacía sobre Europa y la dirección del Cristianismo; este ideal vistió la tendencia oriental hacia el Imperio universalista. El sistema político fue el legado que los Khanes tártaros hicieron a los Zares blancos y a los dictadores rojos.

III)—La Rusia de San Petesburgo: Fue la primera que sintió el influjo occidental. La transformación se verificó por voluntad de Pedro El Grande, quien impuso al ruso de las grandes ciudades las costumbres externas europeas. Hizo de Rusia una oriental con maneras y vestidos occidentales, pero conservando en su alma su manera de ser ancestral. En esta etapa, Rusia presenta una doble faz: la asiática, en el fondo la verdadera, que muestra en las relaciones con los pueblos que su marcha hacia el Oriente la hace encontrar; la europea, superficial y fingida, que presenta al Occidente. Catalina II completó la obra, al hacer entrar a Rusia decididamente en el concierto europeo; las ideas de la Ilustración, con cuyos filósofos sostuvo la soberana relaciones cordiales, ingresaron a Rusia y, tras de ellas, todas las filosofías sociales del Occidente. El impacto de las ideas occidentales en el alma rusa fue tremendo; se intoxicó con ellas, sin comprenderlas; adoptó las más extremas y las llevó hasta sus últimas consecuencias. La "inteligentzia" rusa aceptó el marxismo, originariamente occidental, y lo hizo ruso; sustituyó el ideal religioso de la "tercera Roma" con el mesianismo marxista de las clases proletarias, cuyo triunfo universal sería la misión del pueblo ruso.

IV)—La Rusia de los Soviets: Cuando la monarquía de San Petesburgo cayó derribada por el nihilismo, que fue la forma revolucionaria que adoptó el marxismo ruso, hubo que dar forma al nuevo gobierno, para lo cual la teoría marxista no aportaba elemento constructivo alguno. Lenin resolvió el problema volviéndose al pasado histórico ruso, autocrático y universalista. El resultado fue el totalitarismo de izquierda; todos sus postulados, desde las tesis políticas y sociales de carácter interno, hasta las campañas de política internacional, tienen un origen ideológico en la filosofía marxista y, a la vez, un antecedente histórico en las etapas anteriores de la evolución rusa, a través de la cual se enlazan con el imperialismo tártaro mogol. La variante oriental, al desenvolverse evolutivamente, vino a producir, en último término, la más formidable amenaza para la civilización occidental.

— VI —

El segundo proceso secundario que habrá de analizarse es el americano. El primer ciclo americano lo constituye la evolución de las culturas indígenas precolombinas y fue disuelto violentamente por la conquista europea. El segundo ciclo americano es en realidad una variante de la evolución occidental, un proceso de adaptación de la civilización de los conquistadores a las tierras conquistadas.

El primer ciclo americano se inicia a partir del apareamiento de población humana en nuestro continente; el origen de tal población le sirve de antecedente. Los modernos tratadistas de Pre-Historia de América, como Salvador Canals-Frau a quien seguimos en este punto, están de acuerdo en asignar a la población indígena de América un origen extracontinental; los primeros pobladores probablemente vinieron en cuatro corrientes de población; dos de ellas del Asia, a través de Behring y de las Aleutianas; las otras dos, a través del Pacífico, de Melanesia y Polinesia; fue la última migración, o sea la polinesia, la que aportó probablemente los elementos de alta cultura.

Las culturas del primer ciclo americano se concentraron en dos grandes focos: 1) —El foco septentrional, que llamaremos zona culta del norte, constituido por la meseta del Anáhuac, la península de Yucatán, el istmo de Tehuantepec y gran parte de América Central; fue el asiento de la cultura maya y sus culturas filiales, en cuya zona las repetidas invasiones de los bárbaros del desierto del norte sirvieron de fermento renovador. 2) —El foco meridional, que llamaremos zona culta del sur, formado por la región andina, cuyo corazón es el Perú y se extiende además al Ecuador, parte de Colombia y de Bolivia y aun al Norte de Chile; su máxima realización cultural la constituye el Imperio Incaico. Fuera de estas regiones, existieron algunas culturas de consideración que los autores llaman periféricas, pero cuyo influjo fue de mínimas proporciones en el desarrollo evolutivo del conjunto.

Todo el primer ciclo americano se desenvuelve alrededor de dos tendencias antagónicas en pugna, como ideales de evolución: el universalismo, de naturaleza similar al ideal del período de integración del primer ciclo; y el particularismo tribal, originado del aislamiento de los grupos menores, las tribus, en su larga peregrinación desde su lejano hogar al otro lado del océano, hasta los lugares donde finalmente se asentaron. El período de integración comprende, en cada zona, las culturas preclásicas o formativas, las culturas medias y las primeras culturas clásicas; esto es, el proceso mediante el cual, a partir de los elementos culturales traídos por los primeros pobladores, se llegó a

concretar sistemas culturales puramente americanos. El período de plenitud, comprende las culturas clásicas ulteriores, o sea las filiales de las primeras culturas puramente americanas de cada zona.

En la zona culta del norte, la evolución se desarrolla en forma paralela a la del primer ciclo principal. El período de integración tuvo dos etapas: La de los focos aislados de cultura, tales como los otomíes, los olmecas y los teotihuacanos, que representa la etapa inicial de los estados-ciudades; y la de las primeras grandes culturas, la maya y la tolteca, esta última culturalmente hablando una simple derivación de la primera; estas culturas representan la tendencia universalista; en efecto, los mayas probablemente la tuvieron, no obstante que no llegaron a concretarla en una sola organización política; el llamado primer imperio maya probablemente nunca tuvo unidad política, pero probablemente también, sí tuvo unidad cultural y religiosa bajo la hegemonía sucesiva de varios centros predominantes. Los toltecas, que sobrieron totalmente la cultura maya, coronaron la obra, constituyeron el imperio de tendencia universalista.

La invasión nahuatleca marca el principio del período de plenitud. Los Nahuatleca, venidos de los desiertos del norte, donde habían peregrinado por largo tiempo, aportaron el particularismo tribal; todos los imperios y cacicazgos originados por ellos, ofrecen características que los acercan más a esta tendencia que a la universalista. Los imperios chichimeca, tecpaneca y azteca sostuvieron relaciones regulares con los demás pueblos de la zona, lo que implica un tácito abandono del universalismo; el mismo imperio azteca, cuyas conquistas fueron las que cubrieron mayor extensión, fue el resultado de un compromiso político entre tres pueblos, respetado y mantenido hasta el final. El particularismo tribal de los cacicazgos centroamericanos, como los de los quichés, cakchiqueles y pipiles, lo consideramos de suficiente claridad. La única excepción fue el segundo imperio maya; y ello porque fue una continuación del imperio tolteca desaparecido.

En la zona culta del sur, el particularismo apareció primero, pero terminó por ser ahogado por el universalismo. El período de integración comienza por una etapa particularista, la de las culturas pretiahuanacuenses; pero desembocó en el imperio de Tiahuanaco, probablemente el primero de tendencia universalista de la zona; al destruirse el imperio de Tiahuanaco, hay un renacimiento regional, cuyas culturas son ya realizaciones puramente americanas, como la chimú y la aimarae. El período de plenitud comienza al aparecer los quechúas, fundadores del imperio incaico; su cultura nació como

filial de la aimarae, pero fue desarrollada hasta un nivel muy superior a cualquier otra de la América precolombina. El imperio incaico, su creación política, unificó la zona, ahogando el particularismo antecedente.

La llegada de los europeos disolvió el ciclo, en pleno período de plenitud. El desequilibrio entre la cultura europea intrusa y las americanas con las que entró en contacto, era lo suficientemente grande como para poder imponer violentamente a la primera, que vino a llenar el vacío dejado por la destrucción de las segundas. La conquista europea consumó a la vez la muerte de las culturas indígenas y la disolución del ciclo, en un ultra-rápido período crítico.

El segundo ciclo americano es el proceso de traslación de la cultura europea a nuestras tierras; de las antecedentes culturas indígenas no quedó prácticamente nada. Este proceso se ha realizado en dos partes; la primera, más corta, fue la adaptación de la cultura europea al medio americano; se puede considerar virtualmente cumplido. La segunda, bastante lenta, la asimilación de las comunidades indígenas por la cultura intrusa; está aún en proceso en muchas partes de América Latina. Es más, esta segunda parte solamente ha sido realidad en Latinoamérica; el colonizador inglés no asimiló al indígena, sino que lo destruyó despiadadamente. Por ello, la América sajona es racial y culturalmente una continuación de Europa. La América Latina es racialmente una mezcla de ambos elementos, pero su cultura es netamente occidental.

En el segundo ciclo americano podemos distinguir los períodos siguientes:

1) —Período de integración representado por la Colonia, durante el cual no existe conciencia nacional americana, o más bien ésta está en vías de formación. El colono europeo ve su patria en la metrópoli; el indígena ve desaparecer juntamente su cultura y su nacionalidad. Fue necesario el transcurso de los siglos para modificar las cosas; el resultado final fue la formación de un pueblo que se sintió hijo de América, de lo cual dio una prueba inequívoca, al final del período, durante las guerras de Independencia.

2) —Período de plenitud durante el siglo XIX, o sea el primer siglo de vida independiente. El proceso ha sido diferenciador, esto es que significa el paso de la conciencia americana a la conciencia nacional de cada una de las unidades menores. La lucha política interna en cada unidad estatal destruyó lo que quedaba del estado social de la colonia e hizo surgir los modernos lineamientos de nuestras institucio-

nes; como resultado, tales unidades devinieron en naciones y obtuvieron un puesto dentro de la sociedad occidental, cuya cultura proporcionó la fuerza moral que les dio su identidad nacional. El proceso puramente americano quedó concluido, remató su obra y se fundió con el proceso evolutivo principal.

3)—Período de disolución en el siglo presente, el cual ya no es americano, sino mundial. Es parte del período de disolución del segundo ciclo principal, que analizaremos más adelante. El fenómeno atractivo de la civilización ha tenido en América sus efectos más intensos; la sociedad occidental se amplió a tierras de América y la englobó totalmente. Es más, la dirección del proceso evolutivo principal ha pasado, a no dudarlo, a manos americanas.

— VII —

El último proceso secundario que estudiaremos es el del extremo de oriente, cuyo análisis lo limitaremos a los dos miembros más importantes: China y el Japón.

El período de integración chino tuvo dos etapas: la primera es el período legendario de las dinastías Hia y Shang; durante este lapso, se construye el imperio universalista, de tinte teocrático; el Emperador es el Hijo del Cielo, jefe espiritual y temporal del pueblo chino, el pueblo celeste; es a la vez el jefe político y militar de la nación y el gran sacerdote del culto solar. La segunda etapa es el período feudal; el feudalismo derribó a la dinastía Shang y la sustituyó por los Chou; la tercera dinastía comenzó siendo fuerte, pero se debilitó ante el poder del feudalismo; esta etapa marca la crisis de la idea imperial universalista frente al particularismo feudal; al mismo tiempo, en esta etapa se fijan los caracteres psíquicos del pueblo chino, que debían mantenerse inalterables durante siglos; en las cortes feudales, nació la tradicional cortesía china, base de su carácter archidisimulado; y, lo que es más importante, Confucio estableció su sistema religioso, político y social, profunda y exageradamente tradicionalista, que fue el principal responsable del largo estancamiento posterior.

El feudalismo condujo a la guerra y a la anarquía; es el período llamado de los Estados en lucha, que marca el final del período de integración. La lucha concluye con el triunfo de uno de los contendientes, los Ts'in, que asumen el imperio y abrogan el feudalismo. El período de plenitud comienza a partir de este hecho; resurge el impe-

rio universalista, que debía constituir el ideal político, casi hasta nuestros días; bajo la dinastía Ts'in el imperio tuvo carácter militar; bajo su sucesora, la dinastía Han, el imperio se tornó pacífico y profundamente confuciano.

El estancamiento comienza con los Han. A partir de ellos, el tradicionalismo confuciano encierra en sus marcos rígidos, toda la vida de la quieta civilización china. La organización social descansa en el estado de funcionarios, basado en la preparación literaria de sus miembros. El imperio universalista domina la vida política; hubo tendencias al renacimiento feudal, a la caída de los Han, que no llegaron a concretarse. Hubo dos conquistas de pueblos bárbaros, la de los mogoles y la de los manchúes, pero el tradicionalismo chino supo asimilarlos espiritualmente a tal grado que les impidió ser un fermento renovador.

La evolución japonesa fue paralela a la china, en cuanto al desarrollo del proceso se refiere, pero sus resultados y su contenido de fondo son diferentes. El período de integración japonés parte del contacto cultural con China; el influjo chino hizo despertar la cultura japonesa; se construyó el imperio universalista, alrededor del Mikado, y se intentó implantar un estado de funcionarios, al modelo chino. El sistema tropezó con la resistencia de la aristocracia de las estirpes, cuyos jefes reclamaban el ejercicio hereditario de los cargos públicos que les pertenecían desde tiempo inmemorial.

La rebelión de la aristocracia marca el período de plenitud. El Japón entra en su etapa feudal. El Mikado conservó su posición ideal de representante del Estado y el primado religioso, pero en la práctica, se le obligó a depositar el poder en el jefe de la aristocracia de las estirpes. El Japón se dividió en gran número de señoríos feudales; su organización social y política nos recuerda la Edad Media occidental. La aristocracia ejerció primeramente un poder de facto, pero concluyó por legalizar su situación; se creó el cargo de Shogún, verdadero lugarteniente político hereditario del Mikado. El largo período del Shogunado constituye la etapa de estancamiento japonés. Al final de la etapa, un movimiento nacionalista se hacía sentir en todo el imperio, que cobraba para el Mikado su perdida posición política; este movimiento acaso hubiera podido sacudir el estancamiento, aun sin la presencia de los blancos.

La llegada de los europeos provocó en ambos países una reacción similar, en un principio; ambos cerraron sus puertas al extranjero; la reacción tomó la forma de un sentimiento, en cierto modo, vecino al *nacionalismo occidental*. Pero los hechos posteriores fueron muy diferentes y sus consecuencias totalmente disímiles.

En China, fue necesario que el occidente forzara las relaciones con las armas en la mano. El contacto occidental descompuso a China, que produjo la más extraña miscelánea cultural. La República de Sun-Yat-Sen jamás vivió su mentida democracia. El fracaso de Chian-Kai-Shek ante la invasión japonesa, y la influencia rusa, alentaron el proceso decadente que concluyó por precipitar al país en el más oriental de los credos modernos: el comunismo soviético.

El largo período feudal del Japón mezcló, en la idiosincrasia de este pueblo, suficientes elementos particularistas, como para hacerlo comprender la postura nacionalista occidental. Bastó la amenaza de una flota norteamericana, para que los japoneses abrieran los ojos a la realidad. El movimiento nacionalista, señalado al final de la etapa feudal de estancamiento, proporcionó toda la fuerza moral necesaria para que la nación se devolviera, por su propia voluntad, al proceso de la evolución. La portentosa transformación japonesa del siglo recién pasado colocó al país entre las potencias mundiales; la tendencia imperial universalista emergió a la superficie y se convirtió en el norte de la política exterior; esto nos explica toda su trayectoria de conquistas hasta la loca aventura de la Segunda Guerra Mundial.

El contacto con la cultura occidental disolvió el ciclo de los pueblos del extremo de oriente y fundió su proceso evolutivo con el proceso principal de la humanidad. La disolución de su propio ciclo se ha prolongado en el período de disolución del segundo ciclo principal.

— VIII —

El proceso del período de plenitud del segundo ciclo principal culminó en la Revolución Francesa. Las causas de este fenómeno fueron el absolutismo y las ideas de la Ilustración, consecuencias estas últimas de la postura humanista generada a través de la evolución que se inició con el Renacimiento. La consideramos, por lo tanto, como la explosión final de la rebeldía contra las directivas ideológicas del período de integración. El absolutismo, con toda la tremenda injusticia que entrañaba, fue la ruptura del equilibrio político; el Humanismo y la Ilustración rompieron el equilibrio religioso y, a través de esto, desecharon los ideales que habían presidido la gestación de la cultura occidental.

La disolución comenzó con la Revolución Francesa. El Cesarismo de Napoleón Bonaparte fue el indicio delator del proceso disolvente que se iniciaba.

La doctrina ideológica en que se concretaron los postulados de la Revolución Francesa fue el liberalismo, que tuvo proyecciones en todos los órdenes. En lo político, afirmó la soberanía de los pueblos y el individualismo; en lo social, defendió los derechos del hombre y la igualdad ante la ley; en lo religioso, sostuvo la libertad de cultos y el laicismo; en lo económico, propugnó por el libre juego de los factores económicos, a través de la iniciativa privada, de la ley de la oferta y de la demanda y del abstencionismo del Estado.

El siglo XIX presenció la lucha entre los conservadores, que pugnaban por defender el estado social anterior o lo que de él perduraba, y los liberales, que querían remodelarlo conforme a sus principios y que, a la postre, se impusieron en todas partes. Como consecuencia del triunfo de estos últimos, se dictaron constituciones y nacieron las formas modernas de gobierno, la República democrática y representativa y la monarquía constitucional, ambas en la forma institucional de nuestros días. En lo económico, en nombre de la libertad de trabajo, se destruyó la organización gremial, con lo que se dejó al artesanado indefenso frente al poder del capital.

Hacia el final del siglo recién pasado, un nuevo fenómeno económico vino a influir en la evolución; fue la revolución industrial. Al desarrollarse al máximo la industria, se amplió también al máximo el movimiento iniciado por el mercantilismo; se recrudeció el imperia- lismo colonialista; la gran empresa adquirió proporciones gigantescas; las causas económicas afianzaron, de una vez por todas su papel directriz como estímulos actuales de evolución.

El impacto de la revolución industrial en las condiciones previamente creadas por los postulados económicos del liberalismo, fue tremendo. La gran empresa absorbió al artesanado indefenso y lo convirtió en el proletariado económico de nuestros días, o sea en un sector, el más numeroso, carente de los medios necesarios para subvenir, adecuada y establemente, a la satisfacción de sus necesidades elementales. Este es el problema social, máxima incitación de nuestros días, cuya falta de la adecuada respuesta ha sumido a nuestro mundo en una crisis de grandes proporciones, que parece ser la final de nuestro ciclo.

Los ensayos de resolver el problema social constituyen las corrientes ideológicas que agitan nuestro mundo, las cuales han servido de punto de partida a todo el movimiento político interno e internacional de nuestros días. Se impone, pues, un corto análisis para comprender el momento evolutivo que vivimos.

La ideología marxista constituye el primer ejemplo; en su esencia es a la vez, una reacción contra el sistema capitalista creado por la economía liberal y la última consecuencia del movimiento ideológico materialista originado en la Ilustración y creador de liberalismo. El materialismo lo llevó a considerar los fenómenos psíquicos y sociales como una mera extensión de los orgánicos y éstos, a su vez, de los materiales; la historia resulta así una continuación de los procesos de la naturaleza, obedeciendo a causas irresistibles, determinadas por las necesidades materiales del hombre, que se convierte en un simple animal más; la producción es el fenómeno social por excelencia y la economía se vuelve predominante. El odio al sistema imperante sugirió la lucha de clases, entre el proletariado explotado y el capitalismo explotador; el Estado fue concebido como el instrumento de explotación de las clases elevadas, que lo crearon con tal objeto. El determinismo en la historia lo condujo a considerar ésta como una serie de etapas que conducen fatalmente al triunfo del proletariado y al desvanecimiento del Estado. Es el mesianismo de una clase.

Los fundadores del marxismo se limitaron a desarrollar su filosofía materialista y a afirmar el futuro desvanecimiento del Estado, sin aportar ningún sistema constructivo sobre la organización que debía sustituirlo. Resulta natural que haya engendrado toda una gran familia de partidos político-sociales, los cuales tienen en común la anteposición de los intereses colectivos a los individuales, que puede llegar hasta la absorción del individuo en las formas extremas, y el intervencionismo estatal en la economía privada, que ofrece una gran variedad de formas, desde la economía dirigida hasta la supresión de la propiedad privada.

La forma moderada es el socialismo evolucionista. Pretende la realización completa de su sistema a través de una evolución calculada para tal fin, sirviéndose al efecto de los medios legales que les franquean las constituciones de los diversos países. Persigue la socialización de las grandes empresas, dejando subsistir la pequeña propiedad privada; se encamina a la supresión de la forma actual del Estado para sustituirlo por una gran cooperativa económica.

La forma extrema es el comunismo. Preconiza la revolución mundial como medio para destruir el capitalismo y llegar, a través de una etapa de transición concebida como la dictadura del proletariado, al Estado comunista sin clases. Suprime la propiedad privada, pero no mediante una evolución, sino por medio de leyes de colectivización inmediata. Afirma que se encamina a la destrucción total del Estado,

pero en tanto se llega a este resultado, se organiza como el más autoritario de todos los Estados; proclama que lo hace transitoriamente, pero en la práctica se convierte en la realidad estable del presente.

El socialismo de Estado es una forma que carece de origen marxista, no obstante que tiene con las formas antes analizadas algunos puntos de contacto. Parte de la aceptación del concepto actual del Estado, al que considera como máximo producto de la evolución política, por lo que lo refuerza hasta convertirlo en un Estado-Leviatán, en un Estado agigantado, lo cual constituye una postura antimarxista; admite el concepto fundamental de propiedad privada, pero la somete a una estricta vigilancia del Estado, la economía dirigida; llega hasta la socialización, que en este caso llamaremos "estatización", de las empresas que se relacionan con los fines asignados al Estado, los cuales se multiplican en virtud de la teoría. En teoría el sistema puede combinarse con regímenes de diversas clases; pero en la práctica, se presenta por lo regular como una reacción contra el marxismo y una contradicción a la democracia, por lo menos en su forma institucional moderna, por lo que se combina con regímenes de tendencia dictatorial.

El movimiento sindical habría podido ser, si se hubiera mantenido dentro de las condiciones teóricas que debieron informarlo, una solución bastante aceptable, pero la práctica se ha encargado de desviarlo del camino recto, por lo menos hasta el momento. Nació como un movimiento estrictamente económico, destinado a tutelar nada más que los intereses laborales de sus miembros, mediante la formación de organizaciones fuertes y capaces de oponer una resistencia eficaz al poder del capital. Pero la misma concentración de fuerza de que dispone, le fue fatal; mareó a los dirigentes sindicales y los hizo lanzarse por el camino de la política; el sindicato político falsea su función, pospone sus objetivos originales a la consecución de los intereses políticos de sus directores; tal cosa ha sucedido en todos los climas, sin que las barreras de tipo legal, que en muchas legislaciones prohíben a los sindicatos actividades políticas, hayan podido ser un obstáculo eficiente.

Hay en el fondo de todas las soluciones que hemos analizado, algo que las inhabilita para ser la respuesta exitosa a la tremenda incitación que nuestro mundo ha de enfrentar. Es que el fondo del problema no se encuentra en un simple equilibrio económico o político, va más allá hasta hundir sus raíces en el alma misma del hombre; reside en el abandono de los valores espirituales de la cultura y la evolución, para substituirlos por las ansias inmoderadas de bienestar material. Por

eso, se desquició la cultura occidental; por eso también, las soluciones de carácter estrictamente técnico resultan prácticamente fallidas, no importa cuantas precauciones se tomen para evitarlo. Hace falta llegar al fondo subyacente del problema, combatir el mal en sus propias raíces psicológicas, en una palabra, recuperar la postura perdida, la base de sustentación de nuestra cultura en crisis.

Existe una solución más, la única capaz de eliminar el fondo subyacente del problema. Es la doctrina social de la iglesia católica, por más que no se acomode a la moda laica y materialista de nuestro tiempo. No debemos olvidar que los principios de la moral cristiana fueron los que presidieron la formación de nuestra cultura occidental; el Cristianismo está en el fondo de esta cultura; la hizo nacer e impulsó su crecimiento. El espíritu del Cristianismo es el único capaz de detener el proceso disolvente y revitalizar nuestra cultura antes de que suene la hora final. La substitución de las ansias inmoderadas de bienestar material por los valores ideales que originaron la cultura rectora del ciclo, es el único remedio capaz de eliminar la inhumana lucha de clases, de restablecer el equilibrio perdido, porque este equilibrio se rompió precisamente a causa del abandono de aquellos ideales.

La doctrina social católica hermana el respeto al orden social existente con la protección debida a las clases desheredadas. Al situar la realización de los verdaderos valores espirituales por encima de los intereses egoístas, señala el camino para la recta aplicación de la justicia social y, donde esta última no es suficiente, la atempera con la caridad. Respeta la propiedad, pero le asigna un contenido de función social, que pesa sobre la conciencia de sus tenedores. Proclama que el trabajo humano es algo más noble que una mercancía, por lo que su remuneración, no puede regularse por la ley de la oferta y la demanda, sino que ha de ser adecuada para subvenir a las necesidades personales y familiares de quien lo presta y permitirle, además, formar un fondo de ahorro que sea la base de un pequeño capital. Pretende elevar al proletario a la pequeña propiedad, que es la única manera posible de resolver el problema dentro del orden social existente y, lo que es más importante, la única que ofrece a la vez, un contenido real de justicia y una garantía efectiva de estabilidad. Ofrece un sistema corporativo libre, como organización económica sin ribetes políticos, a fin de amortiguar la dureza del momento presente y de convertir la pugna entre capital y trabajo en una franca y leal colaboración enderezada a la consecución de bien común. En fin, al atemperar la justicia con la caridad, propone la creación de una serie de instituciones asistenciales

destinadas a llenar, en la medida de lo posible, los inevitables vacíos de toda organización humana.

— I X —

Volvamos a la marcha del proceso. El siglo en que vivimos está presenciando el período crítico. Desde su inicio, se ha vivido un ambiente pleno de sistemas de alianzas rivales y de carreras de armamentos, claro presagio de la proximidad de la crisis. La Primera Guerra Mundial señaló el comienzo del período crítico; a partir de ella, el proceso disolvente ha tomado un ritmo vertiginoso.

Los efectos de la primera conflagración mundial son harto insinuantes en este sentido. Las grandes unidades estatales de Europa centro-oriental desaparecieron, dejando lugar a una multitud de pequeños Estados; los marcos políticos tradicionales son cosa del pasado. La caída del régimen zarista y el establecimiento de la dictadura roja, proporcionaron al comunismo internacional un cuartel general, desde donde ha podido lanzar una vigorosa campaña de alcances mundiales, enderezada a perseguir el triunfo de la revolución universal y a poner en grave peligro la existencia misma de la cultura rectora del ciclo. Finalmente, el Cesarismo ha cobrado la fuerza que le dan los procesos decadentes y ha hecho su aparición el fenómeno patológico del totalitarismo.

El totalitarismo ha sido la consagración ideológica del Cesarismo moderno, así como el Imperio fue la consagración legal del Cesarismo romano. Consiste en la anteposición exagerada de los intereses colectivos sobre los individuales; de aquí que los credos totalitarios exijan a sus seguidores una adhesión plena y sin reservas; de aquí, también, que los gobiernos totalitarios se funden sobre la dictadura férrea de un caudillo y sobre la existencia de un partido legal único; de aquí, finalmente, que su filosofía política señale el mesianismo de una clase, de una raza o de una nacionalidad, como objeto mítico de idolización.

El totalitarismo ha tenido dos formas, según su origen y sus tendencias. El totalitarismo de izquierda es la combinación de la ideología comunista con el orientalismo tártaro de los rusos. El comunismo marxista suministró el fondo ideológico; el pasado histórico de Rusia, la forma de organización externa. El mesianismo marxista de la clase proletaria tomó el lugar de la misión mítica de la "tercera Roma"; la tendencia al Imperio Universal, heredada de los tártaros, se vistió con el ropaje de la internacional comunista que le presta un excelente medio de propaganda; el estado policíaco, que el marxismo justifica,

fue vivido anteriormente bajo Iván el terrible y Pedro el Grande; la clase burocrática privilegiada, la nueva clase de Milovan Djilas, tiene su antecedente en la nobleza de servicio de los dos zares citados.

El totalitarismo de derecha es la combinación del socialismo de Estado con el Cesarismo, surgida de la exageración mítica del nacionalismo tradicional en Occidente. Su forma extrema ha sido el nazismo alemán, que exacerbó el nacionalismo hasta el grado de producir una filosofía político-social, la aberración racista, que podemos sintetizar en el mesianismo de una raza, la pretendida raza "aria", considerada como la creadora de la cultura y la única capaz de conservarla, lo que la hacía acreedora al dominio universal; su tendencia imperialista, el estado policíaco que fue necesario implantar para asegurar la marcha hacia el dominio universal y el intervencionismo exagerado del Estado en materia económica, condujeron al nazismo a adoptar una postura cuyos resultados prácticos fueron vecinos a los del internacionalismo izquierdista, su antítesis técnica.

La forma moderada, o mejor menos extrema, del totalitarismo de derecha, ha sido el fascismo italiano, que pretendió crear un imperio en provecho de la italianidad; su imperialismo fue de igual naturaleza que los demás imperialismos occidentales, hijos de la hipertrofia del nacionalismo, pero carentes de contenido universalista; las tendencias o actos finales del gobierno fascista que pudieran interpretarse como contrarios a esta última afirmación, fueron más bien el resultado de la estrecha colaboración con el nazismo, que una consecuencia de su propia doctrina. En lo político, por lo menos en teoría, el poder del dictador fue compartido con la monarquía italiana; en lo económico, estableció un régimen corporativo, a través del cual realizó la economía dirigida. Aquí estuvo su punto débil: Un corporativismo económico libre puede ser una magnífica solución; un corporativismo de Estado no puede serlo, por haber nacido adulterado por el intervencionismo estatal, que lo asfixia.

La política internacional de la primera post-guerra se orientó, como al principio del siglo, a la formación de sistemas de alianzas y grupos antagónicos. El bloque del totalitarismo de derecha, conocido como las potencias del Eje, fue constituido por Alemania e Italia, a las que se unió el Japón, cuyas tendencias imperialistas lo empujaron a hacer causa común con las anteriores; el bloque tuvo como objetivos una revisión total del mapa, realizada con miras a satisfacer la política de expansión de sus miembros, y el establecimiento de "un nuevo orden", o sea de un equilibrio político mundial que debía descansar sobre sistemas político-económicos creados alrededor de las potencias

del Eje. El bloque democrático, dirigido por los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, defendió el mantenimiento del "statu-quo". La Rusia Soviética jugó un papel de interrogante continua, atenta sólo a sus propios e inconfesables intereses; sin embargo, su política fue tan clara, como ciegamente incomprendida por los demás; para ella, la rivalidad de las potencias "capitalistas" no podía tener más que un sentido, brindarle la oportunidad de hacer marchar hacia adelante la revolución mundial; y ante los hechos presentes, es forzoso reconocer que tuvo una dirección inteligente y sombriamente eficaz que le permitió aprovechar al máximo los múltiples errores de los otros.

La segunda guerra mundial fue el choque violento del totalitarismo de derecha con la democracia; terminó con la derrota del primero, que parece haber sido eliminado, por lo menos por el momento, del campo ideológico internacional. Rusia Soviética, la potencia totalitaria de izquierda, logró los objetivos de su juego de doblez; pactó primero con Alemania, lo que hizo posible el estallido del conflicto, que le era necesario para sus propios fines, y además aseguró a Rusia una posición predominante en Europa oriental; se unió luego al campo democrático, lo que le permitió remover los dos mayores obstáculos a su engrandecimiento, los militarismos alemán y japonés; finalmente, el proceder infantil de los dirigentes del mundo libre en Yalta, Teherán y Postdam, le brindó la oportunidad de convertirse en la verdadera beneficiaria de la gran conflagración.

La segunda post-guerra, que estamos viviendo en el momento de escribir estas líneas, ha exacerbado el ambiente de hostilidad a tal grado, que bien pudiera considerarse como una simple tregua para tomar aliento. El mundo se encuentra dividido en dos bloques inconciliables, el democrático y el del totalitarismo de izquierda, que han renovado una vez más el milenarismo conflicto entre Oriente y Occidente. Es más, la guerra ha empezado ya; desde el mismo instante en que cesaron las hostilidades de la segunda guerra mundial, empezó un conflicto bélico de nuevo estilo entre ambos bloques, un conflicto sin operaciones militares de gran envergadura, pero que puede llegar a tenerlas en cualquier momento; lo llamamos la "guerra fría". Estamos viviendo una postguerra, en apariencia, y el principio de la tercera gran conflagración, en realidad.

El choque violento entre la democracia y el totalitarismo de izquierda, en cualquier forma que se produzca, parece que será el acontecimiento que pondrá punto final al presente ciclo. Después la

humanidad se precipitará en un período hueco, durante el cual la evolución cambiará de sentido, originando la integración del tercer ciclo.

— X —

La exposición interpretativa está terminada. Solamente hace falta resumirla en pocas líneas, esto es extraer de ella la lección que nos ofrece la Historia, sin la cual todo el trabajo no podría rendirnos los verdaderos frutos que de él se esperan.

El primer ciclo representa el esfuerzo de la humanidad por librarse de las condiciones primitivas de vida. Todo su período de integración se caracteriza por el apareamiento de las primeras altas culturas, mediante la superación de las culturas primitivas de la Prehistoria; este esfuerzo fue profundamente exclusivo, tiende a la uniformación de los pueblos, a través del ideal del Imperio Universalista. Al haber madurado suficientemente las condiciones, empieza la plenitud; aparece la cultura helénica, cuya realización fue magnífica, una de las más brillantes de toda la Historia; se aparta del Imperio Universal y desarrolla el particularismo, supera el servilismo interno y crea, en una palabra, el ideal de la libertad ciudadana. Pero el Oriente descompuso al helenismo; Macedonia lo sobió sin medida; la civilización helenística fue oriental de alma y helénica de cuerpo; Roma salvó, por un momento, la situación, creando el Imperio Universal en función y provecho de la libertad ciudadana; pero el Oriente triunfó al final, el Imperio romano concluyó siendo un Imperio Universalista más. El período de disolución fue la lenta agonía del hombre helénico enfermo de orientalismo.

El segundo ciclo representa el esfuerzo por superar las altas culturas exclusivistas del período anterior y producir un sistema de vida más humano y compatible con la pluralidad histórica de los agregados sociales. Aparece la cultura occidental, como rectora, que ha tenido su base en el particularismo político de los bárbaros germanos y en el universalismo religioso de la Iglesia Católica; todo el proceso evolutivo del período de integración apunta hacia el ideal de los valores espirituales religiosos. Al llegar la plenitud, el hombre occidental se envanece con su propia cultura, de la que se siente dueño, y rompe con las directivas del período anterior; superpone los ideales helénicos a los ideales cristianos y el particularismo nacional al universalismo religioso. La disolución viene por este camino, es la agonía del hombre occidental enfermo de humanismo. Al mismo tiempo, la variante orien-

tal se apartó del proceso y continuó realizando el sentido evolutivo del primer ciclo; la cultura rusa, nacida de la variante, al recibir el impacto de las ideas occidentales del período de disolución, las combinó con su orientalismo ancestral y produjo el totalitarismo de izquierda; el comunismo soviético es la reacción del primer ciclo contra el segundo y constituye el credo político-social unificador de todo el movimiento antioccidental moderno.

Los procesos secundarios representan esfuerzos realizados por sectores aislados de la humanidad para liberarse de las condiciones primitivas de vida y al fundirse en el proceso principal, durante su última etapa, han querido participar en el esfuerzo de superación, aunque por desgracia, en su momento decadente.

Finalmente, la etapa final de todo ciclo encierra una promesa para el futuro, lleva en germen la respuesta exitosa de que partirá la evolución del ciclo siguiente. El Cristianismo se originó en el período de disolución del primer ciclo; pudo salvar al mundo antiguo, si éste lo hubiera aceptado a tiempo; su aceptación demasiado tardía, no le permitió salvar al mundo grecorromano, pero desempeñó un papel creador de primer orden en la gestación de la cultura rectora del ciclo siguiente; toda la evolución del segundo ciclo partió de la respuesta cristiana a las incitaciones que la vida plantea.

Nuestro ciclo se está disolviendo ante la incitación sin respuesta del problema social; todos los movimientos político-social del período crítico presente, sin excluir al totalitarismo de izquierda, han tenido su origen en corrientes ideológicas concebidas como ensayos de resolver este problema. La excelente doctrina social de la Iglesia Católica ha sido enunciada durante el período de disolución de nuestro ciclo; es capaz de resolver satisfactoriamente este problema y, en consecuencia, de hacer desaparecer la crisis que nos agita y salvar a nuestro mundo; no sabemos si será aceptada a tiempo o lo será tardíamente, pero si podemos estar convencidos de que habrá de serlo alguna vez, aún cuando sea después de varios siglos de calamidades, tal vez de una macabra etapa de esclavitud comunista, porque es el único camino que conduce a la tan ansiada respuesta. Cuando haya concluido el período hueco que seguirá a la disolución final de nuestro ciclo, la evolución tendrá que comenzar nuevamente adoptando un tipo de organización que, a no dudarlo, tendrá como fondo la doctrina social de la Iglesia Católica.

Se podrá considerar la anterior apreciación como un punto de vista personal, sin base en la realidad, porque en el momento en que escribimos, no es católico ninguno de los dos grandes poderes que se

disputan el gobierno del mundo, el norteamericano y el ruso; pero no debemos olvidar que el Cristianismo emergió de las catacumbas para sentarse en la Ciudad Eterna y, desde ella, dirigir la gestación de la cultura rectora del ciclo presente; y este hecho puede volver a repetirse.

San Salvador, 4 de octubre de 1959.

BIBLIOGRAFIA

- Bibliografía para "La Evolución humana como interpretación de la Historia", del Dr. Roberto Lara Velado
- Belloc, Hilaire. *La Crisis de nuestra Civilización* Editorial Suamericana Buenos Aires, 1950.
- Berdiaeff, Nicolás. *Una Nueva Edad Media*. Editorial Apolo. Barcelona, 1934.
- Berdiaeff, Nicolás. *El Sentido de la Historia* Editorial Araluce Barcelona, 1936.
- Canals Frau, Salvador. *Prehistoria de América*. Editorial Sudamericana Buenos Aires, 1950.
- Canals Frau, Salvador. *Las Civilizaciones Prehispánicas de América*. Editorial Sudamericana Buenos Aires, 1955
- Cantú, César. *Historia Universal* (11 tomos). Casa Editora Garnier Hermanos París, 1914
- Cornejo, Mariano H. *Sociología General* (2 tomos) Editor Propietario: Manuel de Jesús Nicamendi México, D. F., 1934
- Dawson, Christopher. *Religión y Cultura* Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1953.
- Dawson, Christopher. *La Religión y el origen de la Cultura Occidental*. Editorial Sudamericana Buenos Aires, 1953
- Goetz, Walter. *Historia Universal* (10 tomos). La obra es hecha por varios autores bajo la dirección del señor Goetz-Espasa-Calpe, S. A Madrid, 1945
- Haskins, Caryl P. *Sociedades y Hombres*. Editorial Sudamericana Buenos Aires, 1953.
- Kehler, Erich. *Historia Universal del Hombre* Fondo de Cultura Económica. México, 1953.
- Lara Velado, Roberto. *Consideraciones sobre la Filosofía de la Historia*. Editorial del Ministerio de Cultura San Salvador, 1958.
- Lara Velado, Roberto. *Los Ciclos Históricos en la Evolución Humana*. Inédito. (Será publicado por la Editorial "Studium" de Madrid).
- Mac Nall Burns, Edward. *Civilizaciones de Occidente, su historia y su cultura*. Ediciones Preuser. Buenos Aires, 1951.
- Reynold, Gouzague de. *El Mundo Ruso*. Emecé Editores, S A Buenos Aires, 1951.
- Reynold, Gouzague de. *La Formación de Europa* Ediciones Pegaso. Madrid: I—¿Qué es Europa?, 1947. El mundo griego y su pensamiento, 1948 III—El helenismo y el genio europeo, 1950. IV—El Imperio Romano, 1950. V—El mundo bárbaro y su fusión con el romano: 1—Los celtas, 1952 2—Los germanos, 1955

- Sorokin, Pitirim A. Las filosofías sociales de nuestra época de crisis. Aguilar, S A Madrid, 1956.
- Tachi Venturi S J, Pedro. Historia de las Religiones (3 tomos) Editorial Gustavo Gili, S A Barcelona, 1947
- Toynbee, Arnold J. Estudio de la Historia. Emecé Editores, S A Buenos Aires. Tomos: I—1951. II—1956. III—1956. IV (1ª y 2ª partes) 1955. V (1ª parte) 1957. V (2ª parte) 1957. VI (1ª parte) 1959
- Toynbee, Arnold J. La civilización puesta a prueba. Emecé Editores, S A Buenos Aires, 1954
- Toynbee, Arnold J. El Mundo y el Occidente. Aguilar, S M Madrid, 1955
- Vedel, Valdemar. Ideales de la Edad Media: I—Vida de los Héroes. II—Romántica Caballeresca. III—La vida en las ciudades. IV—La vida monástica. Editorial Labor, S A. Barcelona. Fechas: I—1946. II—1948. III—1947. IV—1948
- Villain S J, Jean. La enseñanza social de la Iglesia. Aguilar, S A Madrid, 1957.